



*Eso que
tú haces*

VALERIAM ÉMAR

ESO QUE TÚ HACES

Valerian Émar

A Él, mi amigo, todas las menciones

Título: Eso que tú haces

Copyright © 2017 Valeriam Émar

Segunda edición

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, fotocopias o difusión a través de internet sin autorización previa del autor, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

ÍNDICE

PRÓLOGO

1. ESCRITORA EN LAS SOMBRAS

2. CLUB EL ESTRELLATO

3. EN SUS ZAPATOS

4. EL RUSO

5. JHON Y EMILY

6. LAS NOTICIAS

7. MI VECINO, EL ASESINO

8. UN MUERTO EN LA HABITACIÓN

9. ¿QUIÉN ES JOHN?

10. EL PACIENTE

11. TRAS LOS PASOS DE VICTOR

12. ESO QUE TU HACES

13. HUIR NO ES UNA OPCIÓN

14. TIRO AL BLANCO

15. EL CORONEL

16. CASINO, RULETA Y CÓCTEL

17. LOS DATOS

18. SORPRESA

19. EMBOSCADA

20. LA PRESENTACIÓN

EPÍLOGO

PRÓLOGO

CINCO segundos le había llevado cargarse al bastardo cuando le salió por detrás de la puerta. Puso dos dedos sobre su cuello y se aseguró de que el gilipollas no respirara. Oyó ruido en el armario que tenía a sus espaldas. Él era un profesional y nunca dejaba cabos sueltos. Solo le quedaba una bala dentro del arma y un cargador nuevo en el bolsillo. Él disparó. Cambió el cargador, se acercó al armario y abrió la puerta, y el cuerpo del hombre salió al exterior. Dio un paso atrás antes que el muerto le manchara la camisa blanca con su sangre. Se acuclilló y hurgó sus bolsillos. También tenía una foto que decía: «Greg Adams».

Él era el objetivo.

Lo habían contratado para asesinar a Mathew Larson, un proxeneta, que nadie lamentaría su muerte. Pero esa noche Mathew Larson no era el único objetivo. Tres hombres habían querido asesinarlo. ¿Quién los había contratado? Su profesión le había generado varios enemigos. La lista era larga y encontrar al culpable no sería una tarea fácil. Pero estaba seguro de una cosa, quien había contratado a esos novatos para matarlo, no lo conocía muy bien.

Ingresó al despacho de Mathew Larson para acabar con lo que había empezado. Acomodó el cadáver del proxeneta en la silla detrás del escritorio, simulando que se había suicidado. Puso la carta, que le había obligado a escribir antes de dispararle en la cabeza, a un lado del ordenador.

«Click», hizo el tambor de un revólver cerca de su nuca.

—Si bajas el arma, te dejaré salir de aquí con vida, muchacho —dijo él, al ver su reflejo en el vidrio del portarretrato que estaba encima del escritorio.

Al novato le temblaban las manos. Giró despacio los talones. Lección número uno: un buen sicario nunca le muestra su miedo a su víctima.

—¿Eres Greg Adams, verdad?

Él esbozó una media sonrisa. Lección número dos: al objetivo nunca

se le pregunta el nombre.

—No, no lo soy —respondió.

El novato frunció el ceño.

—¿No lo eres? —replicó.

El novato se distrajo para buscar la foto que tenía en el bolsillo trasero del pantalón. Lección número tres: la duda es tu peor enemiga. El objetivo nunca puede ver una salida. Se abalanzó sobre él y le quitó el arma de las manos, luego lo obligó a sentarse en una silla y lo maniató con cinta adhesiva.

—¿Quién los contrató para matarme? —le preguntó.

—¿Entonces sí eres Greg Adams?

¿De dónde lo habían sacado? «De una caja llenos de tontos», se respondió solo. Arrastró el asiento con rueditas hasta la ventana y lo amenazó con arrojarlo del noveno piso sino respondía sus preguntas.

—Si no quieres que tus huesos queden hecho polvo, tendrás que decirme quien fue quien les pagó —musitó con poca paciencia.

El novato mostraba resistencia para responder sus preguntas, pero cuando su mitad de cuerpo quedó en el aire, empezó a cantar como un pajarito. Le dijo que un tal Mark les hizo ir a un Club llamado *El Estrellato* y les pagó tres mil dólares por adelantado para que lo mataran. ¿Tres mil dólares? ¡Joder! Él era una leyenda en su profesión y contrataban a unos inútiles. No sabía quién era el tal Mark, pero sabía que al tal Mark no le quedaba mucho tiempo.

—Ya le he dicho todo lo que sé, ahora suélteme —le pidió, desesperado—. Prometió hacerlo si le decía la verdad. Juro que no volverá a verme —murmuró con la frente sudada.

—Y siempre cumplo lo que prometo...

Él lo soltó. El novato empezó a caer al vacío y su cuerpo se estampó contra el capó de un coche que estaba estacionado en la calle. Lección número cuatro: los soplones no son de fiar.

1. ESCRITORA EN LAS SOMBRAS

CLAVÓ los ojos en el teléfono, mientras esperaba el llamado de su agente literario. Ella le había hecho llegar el manuscrito de su última novela. Se sentó en el borde de la cama y le echó una ojeada a la habitación del motel barato que había podido rentar. Se llevó una mano a la boca y empezó a cortarse las uñas con los dientes. Su vida era patética. Estaba en la ruina y su inspiración había desaparecido. Rogó que a su agente le gustara su historia y no le hiciera cambiar el final como las tres veces anteriores. Hacía tres años que había escrito su última novela publicada y sus ingresos cada vez iban desapareciendo.

Amy Klarson, la escritora con futuro, como supo leer en la prensa en su momento, no había sido más que humo. Hasta llegó a pensar que el éxito de su primera novela había sido cuestión de suerte. Se sobresaltó cuando el teléfono sonó.

—¡Devon! —Gritó al atender—. ¿Qué te ha parecido la historia? —le preguntó ansiosa.

—No sé qué ocurre contigo, Amy, pero sigo sin conectarme con los personajes —repuso él—. Son fríos, chatos y la historia es poco creíble.

«Maldita sea». Respiró hondo. Ella había perdido el toque.

—He seguido todos tus consejos, Devon —expresó—. Ya no sé qué hacer —dijo en un tono desesperado—. He escrito desnuda, borracha y drogada, pero sigo sin conectarme con Emily.

Emily era el personaje principal de su historia. Una prostituta que había visto como asesinaban a su cliente y huía de sus asesinos.

—Ponte en los zapatos de Emily —le recomendó—. Piensa como ella, vístete como ella, actúa como ella. Debes hacer real a Emily. Te daré unos días para que reescribas la historia, pero si no lo consigues, no podré publicarla.

A ella le urgía publicar su historia. Su abuelo estaba delicado de salud y necesitaba el dinero para sus remedios.

—Gracias Devon, prometo dar lo mejor de mí.

—Sé que puedes lograrlo, Amy —replicó—. Intenta hacer a un lado tus problemas mientras escribes. ¿Necesitas que te mande un giro? —le preguntó.

Cambió el teléfono de oreja.

—Sí, te devolveré el dinero cuando me hagan el primer adelanto de la novela.

En el caso de que consiguiera publicarla.

—No te preocupes, no solo soy tu agente, también soy tu amigo. ¿Tu abuelo cómo sigue?

—Delicado —respondió—. Ayer creyó que era su madre.

—Lo siento mucho, pero usa todo tu dolor en la historia que estás escribiendo, Amy.

Devon no podía deshacerse del agente ni cuando actuaba como amigo.

—Lo intentaré...

Devon tuvo que colgar cuando se enteró que otro de los escritores que representaba, no quería asistir a la presentación de su libro. Él le encargó que le fuera mandando los adelantos que hacía de la obra. Lo haría si ella podía teclear una palabra. Se echó hacia atrás, apoyando la espalda contra el colchón y se quedó mirando el techo por un momento. Niki, su gato, brincó a la cama y empezó a ronronear para que lo acariciara. Él era su única compañía desde que su abuelo había ingresado al geriátrico. Extendió un brazo y le acarició el pecho.

—¿Tienes hambre, verdad?

Se levantó de la cama y sacó de la nevera una lata de sardina, la abrió y la puso en el suelo para que Niki comiera.

Miró hacia la puerta cuando golpearon con brusquedad.

—¡Abre la puerta Amy! —le pidieron.

Era Jim, el dueño del motel, que venía a cobrarle la renta de la habitación. Solo le quedaban cincuenta dólares en la billetera. Hasta que

Devon le mandara un giro, no podía pagarle. Se acercó a la ventana en puntas de pie, y corrió las cortinas despacio.

—Sé que estás ahí Amy, —dijo— si no pagas mañana la renta, sacaré todas tus cosas a la calle, ¿lo entiendes?

Tragó saliva. Sabía que él lo haría. El sitio era un asco, pero era lo más barato que había podido conseguir. Y el lugar no era muy diferente a su dueño, Jim parecía un gilipolla perverso. El dueño del motel volvió a golpear la puerta y respiró aliviada cuando se fue.

Ella debía terminar de escribir su historia. Se sentó delante del ordenador portátil y miró la pantalla. Observó la página en blanco por varios minutos y no podía teclear ni una palabra. Se acarició las sienes con las yemas de los dedos y resopló. «Me estás dando dolor de cabeza Emily». Se levantó de la silla y abrió la nevera, estaba vacía, solo tenía la mitad de un limón podrido. Buscó en el mueble la única cosa comestible que le quedaba: una caja de cereal.

«Oh, sí, ella estaba en la ruina».

Necesitaba conectarse con Emily. Miró su reflejo en el espejo partido que estaba colgado en la pared. Veía a la introvertida y miedosa Amy Klarson. «Piensa como ella, vístete como ella, actúa como ella», recordó lo que Devon le había dicho. Tal vez él tenía razón. Sacó su maleta del armario y la arrojó sobre la cama. Buscó entre su ropa lo más provocativo que tenía. Un vestido negro ceñido al cuerpo, que no pasaba sus rodillas. Agradeció haber guardado su peluca colorada que había utilizado para Halloween. Se recogió la melena castaña hacia atrás y se puso la peluca. Pintó sus labios de un rojo intenso, al tono de su cabello. Sus ojos marrones tomaron vida cuando los delineó de negro.

Oyó que alguien ocupaba la habitación continua. Finalmente la habían rentado. A los pocos minutos, escuchó como el respaldar de la cama chocaba contra la pared. Bien, sus nuevos vecinos eran fogosos e intensos. Sacudió la cabeza y siguió vistiéndose. Volvió a mirarse en el espejo cuando terminó de arreglarse. Amy klarson había desaparecido, la mujer que estaba viendo era Emily Blake.

De repente, sintió que sus nuevos vecinos habían roto algo en la habitación. Los gritos de la mujer ya no sonaban a placer, más bien, parecían gritos de dolor. Acercó la oreja a la pared por si oía otra cosa. Pero todo había

quedado en silencio. Sujetó su bolso de mano y salió de la habitación. Ella encontró a un hombre corpulento cerrando la puerta veintisiete. Su nuevo vecino estaba cargando una bolsa negra y lo que llevaba ahí adentro, parecía grande y pesado.

Ella carraspeó.

—¿Todo bien? —le preguntó.

Su vecino la miró a los ojos y sintió un escalofrío. Él tenía una cicatriz horrible en una de sus mejillas.

—¿Te vas a trabajar dulzura? —replicó él.

Ella recordó el atuendo que llevaba, pero también recordó el grito de la mujer que había salido de la habitación de su vecino. Sonrió coqueta.

—¿Debo comer, verdad? —respondió.

Él apoyó un hombro contra el marco de la puerta y esbozó una sonrisa lasciva. Y ella no podía quitar la vista de la bolsa negra que llevaba. ¿Y si él acababa de cometer un asesinato?

—¿Cuánto cobras dulzura?

A ella le temblaron las piernas. «Eres Emily Blake», se recordó. Emily pasa siempre por situaciones como esas.

—Tengo la agenda llena, guapetón, pero imaginó que alguien como tú nunca está solo.

—Te equivocas, preciosa, y agradezco haber rentado una habitación al lado de una delicia como tú —él extendió un brazo y le acarició el hombro descubierto con un dedo—. Un hombre como yo siempre necesita el cariño de una mujer.

Tragó saliva. ¿Dónde estaba la mujer que había oído? «En la bolsa», se respondió a sí misma. Ella jugó con la llave del coche y sonrió como una prostituta que ejercía su profesión desde hacía tiempo.

—Debo ir a trabajar —dijo—. ¿Quieres que te ayude a cargar el equipaje? —se ofreció, observando la bolsa negra que estaba en el suelo.

Su vecino dejó de sonreír.

—No —repuso a secas.

Su instinto le dijo que debía huir en ese instante. Demasiados

problemas tenía ya para inmiscuirse en los de los demás. Tal vez su imaginación de escritora le hacía ver cosas en donde no existían. Pero estaba segura que debía mantenerse lejos de un hombre como él.

—¿Cómo te llamas dulzura?

—Emily...

Su vecino cargó la bolsa que había dejado en el suelo en sus hombros.

—Bien, Emily, nos volveremos a ver.

Esperó a que él se alejara lo suficiente para dirigirse a su coche. Las manos todavía le temblaban cuando encendió el motor. Su nuevo vecino era aterrador. Debía terminar su novela para dejar de vivir en moteles baratos. Respiró hondo para tranquilizarse. Se miró en el espejo retrovisor. «Bien, Emily, iremos a dar un paseo». Había visto un Club cerca del motel. ¿Cómo era que se llamaba? ¡Oh, sí! Estrellato, el Club se llamaba *El Estrellato*.

2. CLUB EL ESTRELLATO

AÑADIÓ dos cubitos de hielo en su copa y bebió un sorbo del whisky, mientras espera a Mark sentado detrás del escritorio. Había sido fácil reducir al guardia de seguridad que se hallaba en la puerta de la oficina. Definitivamente, Mark no sabía elegir bien a sus matones. Estaba ansioso por conocer quien lo había mandado a matar. Pero tenía la certeza que el dueño de un club de mala muerte solo podía ser un intermediario. Él había juntado el dinero suficiente para retirarse de su profesión y esa información se había filtrado. Alguien le había puesto un precio a su cabeza y no descansaría hasta averiguar quién lo había hecho.

Escondió la pistola nueve milímetros debajo del escritorio cuando el pomo de la puerta giró. Un hombre corpulento ingresó a la oficina. Dedujo que era Mark por la foto que había sobre el escritorio. Él nunca se olvidaba de los rostros de las personas para las que había trabajado y al tal Mark, no lo había visto antes. Metió el dedo índice en la copa y revolvió los cubitos de hielo.

Mark se detuvo de golpe cuando lo vio y miró su despacho buscando a su guardia.

—¿Quién eres? ¿Y qué coño haces en mi oficina? —le cuestionó.

Él tomó un trago de whisky, a la vez que lo apuntaba con el arma por debajo del escritorio. Podía oírse de fondo la música del Club.

—¿No me reconoces, Mark? —Preguntó sarcástico—. Cierra la puerta y sírvete una copa —le ordenó.

Mark lo dudo por un momento, pero luego se acercó a la licorera y se sirvió una medida de whisky.

—Creí que mis hombres habían hecho bien su trabajo —comentó él, mientras ponía hielo en la copa.

Él se reclinó en la silla y lo estudió con la mirada.

—Sí de verdad pensaste que unos inútiles podían liquidarme, eres un iluso o un idiota, ¿cuál de las dos opciones prefieres?

Mark apretó la copa con fuerza hasta que las yemas de los dedos se le pusieron blancas. Él se inclinaba por la opción de que era un idiota.

—¿Por qué no me has matado todavía?

—Porque quiero saber quién te encargó el trabajo —respondió.

—¿Y ahora quién es el idiota? —Mark se agachó para coger la hielera de metal que se le había caído al suelo—. ¿Acaso crees que soy un soplón?

Se humedeció el labio inferior con la lengua.

—Si no quieres que tus sesos decoren la pared de tu oficina, entrégame el arma que escondes en tu pierna.

Mark hizo una mueca y puso el revólver en el piso y lo pateó hacia él.

—¿Quién quiere verme muerto, Mark? —le preguntó en un tono pausado y relajado.

El dueño del club le sonrió con malicia.

—Solo puedes retirarte de tu profesión estando muerto, Greg —repuso—. Sabes cosas que comprometen a personas importantes. Si no te mato yo, vendrán otros y harán el trabajo tarde o temprano. Nunca podrás descuidarte las espaldas.

Y para evitar que eso sucediera, debía llegar a la cabeza de todo eso. Para empezar, su lista de sospechosos se estaba reduciendo. Quien lo quería muerto, era uno de sus clientes. La puerta del despacho se abrió de golpe e ingresó una provocativa pelirroja. Mark sonrió ampliamente y sujetó a la mujer de la cintura y la apretó contra él.

—Te estabas tardando, cariño.

La prostituta frunció el ceño cuando lo vio, luego dirigió la vista hacia Mark y le dedicó una risita falsa. Conocía a las mujeres de su tipo y sabía cuándo eran sinceras o actuaban. Y el rostro de la colorada que tenía en frente, le decía que le daba asco su cliente.

—Emily, prefiero que me llames por mi nombre —le corrigió ella.

Mark le dio una palmada en el trasero y ella contuvo la mano para no abofetearlo. En otra circunstancia, él se hubiera reído. Debía ser una prostituta con poca experiencia. Una preciosa prostituta. ¿Cómo alguien como ella había acabado en un sitio como ese? Sintió curiosidad por saber cuál era el color del cabello que ocultaba debajo de la peluca colorada.

—Espero que no te moleste que se sume alguien más a la fiesta, cariño —comentó Mark.

La prostituta lo miró fijo a los ojos y algo le dijo que a ella no le molestaba. A él no le gustaba ese tipo de mujeres, pero con ella hubiera hecho una excepción. Inclino la copa hacia la prostituta y dijo:

—No me ofenderé si decides irte, Emily.

En otras palabras, quería decirle: «Vete o tendré que matarte». Mark apretó con fuerza el brazo de la prostituta cuando tuvo la intención de marcharse.

—Bebe un poco de whisky para entrar en confianza, cariño —musitó el bastardo, entregándole su medida de licor.

«Capullo». Rogó que la prostituta no bebiera del whisky. Él le había agregado el suero de la verdad al licor. Quería que Mark le dijera todo lo que sabía antes de matarlo. La prostituta miró la copa y tomó un trago del líquido color ambarino. Echó una maldición por lo bajo. Bien, no era su problema que la mujer hubiera elegido la mala vida.

—Todos deberíamos entrar en confianza, Mark —continuó él—. Sírvete otra copa y brindemos por una linda velada.

Mark era un viejo zorro y se quedó observando a la prostituta por si le pasaba algo luego de haberse bebido el whisky. Al asegurarse de que ella seguía entera, se sirvió una medida.

—Acaba tu bebida, cariño —la instó Mark.

Ella hizo fondo blanco y empezó a toser cuando el licor le quemó la garganta. Él sonrió. La prostituta era solo una gatita. Mark se estaba aprovechando de ella para ganar tiempo y eso empezaba a fastidiarlo. Él sacó dinero de la billetera y lo dejó sobre el escritorio.

—Toma el dinero y vete, Emily —le ordenó.

Mark ahuecó una mano sobre el pecho de la prostituta y a la otra, la metió por debajo del vestido.

—Se irá cuando acabe dentro de ella, ¿verdad, cariño?

—¡No me toques cerdo asqueroso! —chilló la prostituta, apartándolo con un empujón.

El suero de la verdad empezaba a tomar efecto. El rostro de Mark se

enrojeció de furia luego de haber sido humillado por la mujer. Alzó la mano para golpear a la prostituta, pero ella corrió hacia él, buscando protección. Y ella no lo hubiera hecho, si hubiera sabido que minutos antes había planeado matarla. Pero algo en su mirada le había hecho cambiar de parecer.

—Mark, Mark... —expresó él—. Aléjate de ella —le pidió, sin dejar de apuntarlo con el arma que tenía debajo del escritorio—. ¿Quieres que Mark te folle? —le consultó.

—No —respondió ella—. Me revuelve el estómago con solo mirarlo.

Una amplia y lenta sonrisa curvó la boca de él.

—Compartimos el sentimiento —asintió—. ¿Necesitas dinero, Emily?

—Sí.

—Coge el dinero del escritorio y vete.

La prostituta tomó todo el efectivo y lo guardó en su bolso. Ella lo miró y dijo:

—No me has preguntado si quiero que tú me folles.

Él enarcó una ceja.

—¿Quieres que te folle, Emily?

—Sí.

Bueno, sabía que ella le estaba diciendo la verdad.

—En otras circunstancias lo habría hecho —y lo decía en serio—. Pero ahora debo arreglar unos asuntos con Mark.

Ella arrugó el ceño.

—¿Eres gay?

—¡No!

Mark aprovechó su distracción y arrojó sobre su rostro el whisky que tenía en la mano y empujó a la prostituta encima de él para salir huyendo de la oficina. «¡Diablos!». Acababa de romper una de sus reglas. «El objetivo nunca se pierde de vista». Una mujer le había hecho bajar la guardia. La hizo a un lado y se levantó de la silla de un salto.

—Vete a casa, Emily —le ordenó, antes de correr tras Mark.

3. EN SUS ZAPATOS

LOS TACONES de sus zapatos retumbaban contra la acera mientras caminaba hacia el Club *El estrellato*. El guardia que estaba en la puerta levantó el cordón de la entrada y la dejó pasar sin necesidad que hiciera fila. Ella le sonrió y le cerró un ojo cuando ingresó. Se acomodó la peluca colorada y echó un paneo a su alrededor. El Club no tenía nada extraordinario. El sitio estaba iluminado por luces de colores y la música estaba alta. Bajó los escalones de la entrada y caminó hacia la barra. Necesitaría tomar algo fuerte para ponerse en los zapatos de Emily.

Había un escenario en medio de la pista con mujeres bailando en el caño. Comprendió porque el guardia la había dejado entrar tan fácilmente. Él la había confundido con una prostituta. Sonrió. Estaba interpretando bien el papel de Emily. Pidió un chupito de vodka e hizo fondo blanco. El camarero volvió a llenarle la copa por cortesía del hombre que estaba en la otra punta de la barra. Él le dedicó una sonrisa lasciva y ella le mudó la cara. El Club estaba repleto de hombres como esos, que debían pagar a una mujer para tener sexo. Resopló. Se había equivocado cuando pensó que el trabajo de Emily era sencillo.

Bien, si iba a ser una prostituta por una noche, se buscaría un cliente apetecible. Ni siquiera sabía si saldría viva del sitio. «Piensa en la historia, Amy», se convenció a sí misma. Respiró hondo. Se levantó del taburete y empezó a estudiar a cada hombre del Club. Dio un respingo cuando le pellizcaron el trasero. Miró hacia atrás por encima del hombro y observó ceñuda a los cerdos que se reían de ella. Apresuró el paso y se apartó. Estaba segura que no elegiría a ninguno de ellos.

A ella le llamó la atención el hombre con traje que estaba cerca de las bailarinas exóticas y no movía un músculo cuando ellas se le acercaban. Lo empezó a seguir cuando él se alejó. Ella había encontrado a su primer cliente. Un hombre como él no necesitaba pagar por sexo. ¿Qué hacía en un Club como ese? Tal vez era un proxeneta. Su cliente se movía con seguridad y ni siquiera prestaba atención a las chicas, como ella, que intentaban conquistarlo. Él tenía el cabello castaño con algunas ondas y una barba

oscura que le rodeaba la mandíbula. Su mirada era intensa y le daba la impresión que estaba buscando a alguien. ¿Su prostituta?

Él subió las escaleras que llevaba a la zona vip. Intentó seguirlo pero un hombre grandote y musculoso la detuvo. Maldita sea. Había perdido a su cliente de vista.

—Debes estar anotada en la lista para subir —le dijo él.

—Vengo con el hombre que acaba de pasar —mintió.

—¿Ah, sí? ¿Crees que no he escuchado eso antes?

Ella se echó la melena colorada hacia atrás de los hombros y sonrió coqueta.

—Porque no le echas una ojeada a la lista, tal vez mi nombre si esté escrito.

El guardia se cruzó de brazos y ladeó la cabeza hacia un costado.

—¿Eres una de las nuevas verdad?

Él creía que ella trabajaba en el Club.

—Sí —respondió.

—Y esa es la razón por la que te lo diré una sola vez, solo suben las chicas que el dueño autoriza y para eso, Mark debe testear la calidad antes. ¿Comprendes?

Ella asintió con la cabeza. Sí, que primero debía follarse al tal Mark. Batió las pestañas y se mordisqueó el labio inferior.

—Se bueno y déjame subir —le suplicó—. Será solo un momento, creo conocer al hombre que acaba de ingresar. Prometo que nadie se enterará.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó una voz gruesa a sus espaldas.

—La nueva quiere ingresar al vip, Mark —le informó el guardia.

«Soplón». Giró los talones y se encontró de frente con el tal Mark. Sintió pena por las mujeres que debían follarlo para subir al vip. Emily no sería una de ellas. Él era un asco. Tenía cadenas de oro en el cuello y las manos repletas de anillos.

—Necesito cinco minutos y luego me marcho —repuso.

—¿Cinco minutos? —repitió Mark.

Ella asintió con un frenético movimiento de cabeza.

—Cinco minutos te costara una buena mamada, cariño —dijo él.

Un escalofrío le corrió por la espalda. Ella se rió como una chiquilla tonta que le hacía gracia lo que el cerdo le había pedido.

—Después de los cinco minutos, puedo hacer más que una mamada —murmuró como una mujerzuela con experiencia.

Mark y el guardia soltaron una carcajada. Esperaba encontrar a quien sería su primer cliente y que él valiera la pena por haber coqueteado con un viejo asqueroso. Sentía náuseas que alguien como él pudiera tocarle un pelo.

—Te espero en mi oficina en cinco minutos, cariño.

No toleraba que alguien como él la llamara cariño. Su abuelo le decía cariño, y ese cerdo no se parecía en nada a su abuelo.

—Emily, mi nombre es Emily.

Mark hizo a un lado al guardia y la miró antes de empezar a subir las escaleras.

—No demores, Emily, que me muero por saber que tan buena eres.

Si el guardia no la hubiera estado mirando, hubiera vomitado.

—En cinco minutos pasaré por tu oficina —mintió con descaro.

Había recorrido todo el vip y el hombre con traje no estaba. Se sintió decepcionada. Probablemente, un sitio como ese contaba con una salida lateral que ella no había visto. Había hecho un gran esfuerzo para parecerse a Emily y por esa noche, ya había tenido suficiente. Ni de coña quería cruzarse otra vez con Mark. De repente, se sintió inspirada de agregar un nuevo villano a su novela: el cerdo Mark. Sonrió conforme. Estaba segura que a Devon le gustaría.

Soltó un grito cuando la cogieron del brazo con fuerza. El guardia que le había dejado pasar al vip, la miraba furioso.

—¿Qué haces aquí todavía? —Gruñó él—. Deberías estar con Mark.

Abrió grande los ojos. Ella había jugado con fuego y estaba a un paso de salir quemada. Tragó saliva.

—¿Cómo has dicho?

—Mark te espera en su oficina —le recordó—. Él odia que lo hagan esperar.

Miró a su alrededor con desesperación, buscando una salida. Trató de no perder la cordura.

—Me he perdido —fue lo mejor que pudo decir—. Dime donde queda su oficina e iré ahora mismo.

Él curvó sus labios en una especie de sonrisa.

—Se me ocurre una idea mejor, te acompañaré a su oficina.

«Demonios». Creyó que estaba a punto de desmayarse, pero hacerlo en un sitio como ese, no era la mejor opción. El guardia la arrastró hacia la oficina de Mark. Y ella creyó que su fin había llegado. Pensó en su abuelo y maldijo el momento que se le ocurrió hacerse pasar por Emily. El guardia abrió la puerta de la oficina y la empujó hacia adentro, luego cerró la puerta a sus espaldas.

—Te estabas tardando, cariño —musitó Mark cuando la vio.

A ella le temblaron las piernas. Había ingresado al matadero. Se dio cuenta que Mark no estaba solo. Parpadeó. El hombre con traje estaba sentado detrás del escritorio. Frunció el ceño. ¿Qué hacía él con un cerdo como Mark? Había jurado que su cliente era un buen hombre, o eso fue lo que quiso creer. Bueno, ella había hecho todo eso para encontrarlo y ahora lo tenía en frente suyo. Miró a Mark y sonrió como si estuviera feliz de verlo.

—Emily, prefiero que me llames por mi nombre —le hizo saber.

Mark extendió un brazo y le tocó el trasero. Hizo un esfuerzo sobrehumano por no romperle la nariz. Sabía que sería ella quien saldría perdiendo si lo hacía. Prefirió seguir actuando como Emily y fingir que le gustaba que él la tocara.

—Espero que no te moleste que se sume alguien más a la fiesta, cariño —añadió Mark.

Y él había vuelto a llamarla cariño. Dirigió la vista hacia el misterioso hombre que estaba detrás del escritorio. El corazón empezó a latirle con fuerza. No le molestaba en lo absoluto, pero quien le molestaba era Mark. Finalmente, había logrado que su cliente la mirara. Él inclinó la copa que

tenía en la mano hacia ella.

—No me ofenderé si decides irte, Emily —le dijo.

El tono de su voz era grave, pero a la vez era suave y armoniosa. Él le estaba ofreciendo una salida, una parte de ella quería quedarse y la otra, desaparecer. Pero no había perdido el juicio y eligió la opción de marcharse. Mark se lo impidió. La sujetó del brazo con fuerza y la obligó a que bebiera el whisky de su copa. Tomó un trago despacio y sintió que el licor tenía un sabor extraño. Tal vez ese era el verdadero sabor de los whisky de calidad.

—Acaba tu bebida, cariño —musitó Mark, a la vez que él se servía una medida en otra copa.

El hombre de traje no le quitaba la mirada de encima. ¿Acaso creía que no podía acabarse el whisky? Vació la copa de un trago. El licor era fuerte y la garganta le ardió y tuvo un pronunciado ataque de tos. Acababa de hacer el ridículo. Él puso dinero sobre el escritorio y le ordenó que se fuera en un tono que no aceptaba contradicción. Mark la tomó por sorpresa cuando le manoseó un pecho y le metió una mano por debajo del vestido.

—Se irá cuando acabe dentro de ella, ¿verdad, cariño?

Ella ya no soportaba ser Emily. Algo en su interior le provocaba decir lo que sentía y no pudo controlar sus palabras cuando gritó:

—¡No me toques cerdo asqueroso!

Alejó a Mark de un empujón y él se enfureció. No debía estar acostumbrado a que lo rechazaran. Él levantó la mano para golpearla y por instinto, corrió tras el hombre de traje. A pesar que no sabía quién diablos era, él le daba seguridad. Y no se equivocó. Su cliente no dejó que Mark se le acercara. Él la miró con sus ojos oscuros y seductores y le preguntó:

—¿Quieres que Mark te folle?

Echó el rostro hacia atrás y arrugó la nariz.

—No —absolutamente no—. Me revuelve el estómago con solo mirarlo —le confesó como si nada. Ella no podía controlar lo que decía.

Los ojos de él brillaron con una chispa de diversión.

—Compartimos el sentimiento —replicó—. ¿Necesitas dinero, Emily?

—Sí.

Se quedó dura del espanto por haberlo admitido. ¿Qué sucedía con ella?

—Coge el dinero del escritorio y vete —le ordenó él.

Ella se inclinó hacia el escritorio, cogió los billetes y los metió en el bolso. Pagaría la renta con el dinero. Debía irse, lo sabía, pero no podía mantener su boca callada.

—No me has preguntado si quiero que tú me folles.

¡Diablos! ¿Ella había dicho eso? No se reconocía.

Él enarcó una ceja, divertido.

—¿Quieres que te folle, Emily?

—Sí —admitió.

Su cliente la rechazó excusándose que debía hablar a solas con Mark. Y ella acababa de interpretar a la perfección el papel de Emily. ¿Entonces por qué le había pagado y no quería sus servicios? Abrió los ojos como plato. Tal vez porque...

—¿Eres gay? —quiso saber.

—¡No! —chilló él.

De repente, Mark arrojó su whisky contra el hombre de traje y la empujó sobre él. Su cliente soltó una maldición y la apartó para ir tras Mark. Él se volteó hacia ella antes de salir de la oficina y le ordenó que regresara a su hogar. Ella se quedó muda sin comprender lo que acababa de ocurrir. Se arregló el vestido y lo siguió. No se había dejado manosear por un cerdo por nada. No se iría del jodido Club sin haber obtenido el número de su cliente.

4. EL RUSO

APUNTÓ la espalda de Mark con el revólver y lo amenazó con dispararle si hablaba con sus hombre para que lo ayudaran. Él se mostró cooperativo. Hizo que las bailarinas se retiraran del reservado y ellos se quedaron solos.

—Te diré todo lo que sé, pero no dispaes —le pidió.

—Claro que me dirás todo lo que sabes —afirmó—. ¿Quién puso precio a mi cabeza?

—Tarde o temprano van a atraparte, muchacho.

Él chasqueó la lengua.

—¿En qué sitio prefieres la bala? ¿En el hombro o en la pierna?

Mark alzó sus manos.

—Vale, tú ganas —farfulló—. Los rusos se dieron una vuelta por el Club.

Su ceño se frunció.

—¿Los rusos? —repitió.

—Se enteraron de que te retiras y tienen miedo de que los delates —dijo—. No sé qué información tienes sobre ellos, pero los rusos no descansarán hasta que terminen con su trabajo.

Él levantó el brazo y lo apuntó entre sus dos cejas con su nueve milímetro.

—Mientes...

—¿V́ctor Djukof no te es familiar?

«Sí». Pero él no recordaba haberle hecho ningún trabajo. Ladeó la cabeza hacia un costado y entornó los párpados.

—¿Cómo sé que no te lo estás inventando?

Mark había empezado a sudar como un cerdo.

- Tengo pruebas —repuso a la defensiva.
- Quiero verlas.
- Las tengo en mi caja de seguridad.
- No te irá nada bien si intentas engañarme —le advirtió.
- Juro que es la verdad.

En ese instante, hubiese querido que Mark se hubiese tomado el whisky con el suero de la verdad en vez de la prostituta. Mark lo dirigió hacia donde tenía la caja fuerte. El desgraciado tenía sus cosas en el servicio de hombres de la planta baja. No dudaría un segundo en volarle los sesos si hacía algo estúpido. Trabajó la puerta para que nadie más ingresara al baño.

Mark se metió en uno de los cubículos y quitó un cerámico de la pared, donde tenía una caja fuerte escondida. Ingresó unos dígitos y la abrió, luego sacó unos papeles y se los entregó. Él les echó una ojeada rápida. Entre los papeles había una foto suya y algunos datos personales que servían para ubicarlo. Soltó peste por lo bajo. Él había rechazado el trabajo que Víctor le había ofrecido. ¿Por qué quería eliminarlo? Debía pensar que él abandonaba su profesión porque la policía lo había atrapado y debía temer que lo delatara por haber querido matar al embajador ruso. Si creía eso, era porque no lo conocía. Él se había cansado de matar personas por encargo y solo quería tomarse unas merecidas vacaciones. Pero ahora tenía a toda la mafia rusa detrás de él.

Entre los papeles observó el nombre de Brutus el Grande. Grandioso. También habían contratado al gilipollas de Brutus para que lo matara. Siempre cogía los trabajos que él desechaba. Era una patética imitación suya. Se hizo a un costado cuando Mark le arrojó un cuchillo que había sacado de la caja fuerte. Él se abalanzó sobre Mark, lo tomó del cuello y le metió la cabeza en el inodoro.

—¿Brutus ha hablado contigo, verdad? —le preguntó cuándo le sacó la cabeza del retrete.

Mark hizo una arcada y escupió el pedazo de mierda que había en el inodoro.

- Sí... —exclamó—. Él fue quien vino al Club.
- ¿Brutus sigue en la zona?

—¡Ya te he dicho todo lo que sé! —gimió.

Volvió a sumergirle la cabeza en el retrete.

—¿Brutus sigue en la zona? —repitió.

—Sí, el bastardo sigue por aquí —afirmó—. Él vendrá a corroborar si el trabajo se ha hecho.

Soltó a Mark y lo obligó a que lo mirara en la cara.

—Le diré que hiciste tu mejor esfuerzo —le hizo saber antes de dispararle en medio de la frente.

Se lavó las manos y se limpió las salpicaduras de sangre que tenía en la mejilla. Tiró la toalla de papel en el cesto de basura y se acomodó la corbata antes de salir del baño. Había dejado a Mark sentado en el inodoro de uno de los cubículos. Se quedó duro cuando se encontró con la prostituta en el pasillo al salir del servicio.

—Después dicen que las mujeres pasan más tiempo en el baño que los hombres —se mofó ella.

¿Acaso ella lo estaba siguiendo? Si la prostituta había oído cosas que no debió escuchar, iba a tener que eliminarla. Él nunca dejaba cabos sueltos.

—Creí haberte dicho que te fueras a casa, Emily.

Ella se mordisqueó el labio inferior.

—Me preguntaba si podías llevarme.

—¿Nunca te dijeron que no debes irte con extraños?

La prostituta dio un paso hacia él y dejó sus narices muy cerca de las suyas.

—Sí, pero me gusta correr riesgo —susurró.

¿Ella intentaba seducirlo o quería atraparlo? Sería fácil averiguarlo. Todavía seguía con los efectos del suero de la verdad. Le rodeó la cintura con un brazo y la ingresó al servicio. Trabó la puerta para que nadie los molestara. Las mejillas de ella se sonrojaron cuando se quedaron solos. Y hubiese creído que su timidez era sincera, si no fuese una prostituta. Se metió las manos en los bolsillos del pantalón y la estudió con la mirada.

—Tengo la impresión de que me estás siguiendo, ¿he acertado, Emily?

—Sí —dijo ella.

—¿Y por qué lo haces?

Ella se encogió de hombro.

—Porque me gustas.

Él enarcó una ceja. Creyó que después de todo, no había sido tan malo que ella se bebiera el suero de la verdad.

—¿Qué quieres de mí, Emily?

—Que me folles —respondió.

Emily se cubrió la boca con las dos manos y abrió grande los ojos. Su brutal sinceridad, la había espantado a ella misma.

—¿Dónde está Mark? —le preguntó.

Él entornó los párpados.

—¿Por qué quieres saber dónde está Mark? —replicó, apuntándola con el arma sin que ella se diera cuenta.

—Porque si Mark no está cerca, eso significa que ya has acabado con él y tienes tiempo para mí.

De hecho, ya había acabado con Mark. Ella retrocedió y se chocó con el lavado cuando él se acercó. Hubiera jurado que la prostituta se había puesto nerviosa. La giró de golpe y puso sus manos sobre sus caderas e hizo que sus miradas se cruzaran en el espejo.

—Mark no tiene que preocuparte —continuó—. Él ya no nos molestará —le llevó un mechón de pelo detrás de la oreja y añadió—: ¿Quieres que te folle aquí o en otro sitio?

La osadía que ella había mostrado en un principio, se había reprimido y había quedado en silencio.

—¿Te has arrepentido?

Emily negó con la cabeza.

—No sé tu nombre —murmuró—. ¿Cómo te llamo?

—John...

Ella se volteó y dejó su rostro frente al suyo.

—¿A qué te dedicas John?

—Soy doctor.

—¿Qué clase de doctor?

—¿Me haces una entrevista para follarte?

—Responde —le pidió—. Nunca tuve sexo con un extraño.

Y el suero de la verdad le decía que la prostituta no le mentía. Increíble. Esbozó una perezosa sonrisa. No perdía nada con seguirle el juego.

—Soy ginecólogo.

—Vaya, que suerte la mía.

5. JHON Y EMILY

EL CORAZÓN le martilleaba de tal modo, que creyó que se le saldría del pecho. Se preguntó qué diablos estaba haciendo. Iba a dejar que un extraño la follara en el servicio de hombres de un Club de mala muerte. Tragó saliva. John había empezado a penetrarla con la mirada. Se mordisqueó el labio inferior y bajó la vista al sentirse intimidado por él. Deslizó un dedo por su corbata y la tironeó para acercar sus labios a los suyos y se los mordisqueó. Emily era atrevida. John sujetó sus caderas entre sus manos y la giró con brusquedad. Él apoyó la barbilla sobre sus hombros y al notar la caricia de sus labios bajo su oreja, ladeó la cabeza para darle más acceso a su cuello.

—¿Sigo, Emily? —le preguntó, mientras sus manos subían por sus piernas hasta llegar a sus entrepiernas.

Soltó una exclamación ahogada. Se apoyó del lavado para no perder el equilibrio.

—Sí.

Contempló su rostro sonrojado en el espejo. Ella tenía el rostro de una mujer que estaba a punto de ser follada. Sus cejas se unieron al ver la puerta que estaba detrás de John. Cualquiera que ingresara al servicio los vería. Su lívido se bajó.

—Busquemos algo de privacidad —sugirió.

Se apartó de él y se dirigió hacia el último cubículo. Por una extraña razón, John le impidió que abriera la puerta y la metió en el cubículo continuo. ¿Cuál era la diferencia entre uno y el otro? Tal vez él había dejado un regalito en el inodoro. Apartó esa imagen de su cabeza. Era asqueroso. John cerró la puerta a sus espaldas. Hizo que colocara sus manos contra la pared, a la vez que empezaba a levantarle el vestido. Él separó sus piernas y deslizó sus dedos bajo sus bragas y comprobó lo húmeda que estaba. Ella se estremeció. Apoyó la frente contra la pared y cerró los ojos. Oyó como se desabrochaba el cinturón y se bajaba la cremallera. Se ahogó con un gemido cuando su miembro rozó su piel.

—Que suave eres, Emily —murmuró él con la voz ronca.

Sin darse cuenta, John le había quitado las bragas y había dejado sus nalgas al descubierto. La palma de su mano recorrió la curvatura de su trasero. Ella se había olvidado de respirar, hasta que finalmente el aire se le escapó entre sus labios con un gemido trémulo. Sintió su aliento en la nuca, mientras sus dedos acariciaban su clítoris. Estalló de placer. Él se alejó y oyó el sonido de un envoltorio que se rasgaba, luego se aproximó otra vez y presionó su polla contra ella. Una descarga eléctrica le recorrió hasta la punta de los dedos. Bajó su miembro por la raja de su trasero, y entonces la metió entre sus muslos. Se guió con una mano, dobló un poco las rodillas, y se enderezó para poder penetrarla. Apretó los labios para ocultar un gemido.

John sujetó sus caderas y empezó a moverse con envites pequeños y suaves que fueron ganando intensidad poco a poco. Creyó que la respiración de ellos hacía mucho ruido. Él dejó de moverse por un momento cuando se escuchó que intentaban abrir la puerta de servicio.

—Alguien viene... —murmuró despacio.

—Shh... —gimió él—. Trabé la puerta, no podrán entrar.

Pero no tardarían en destrabarla. Él también debía saber eso. El hecho de que fueran descubiertos, la excitaba aún más. John apretó la boca contra su cuello y empezó a follarla como un loco. Más fuerte, más rápido. Hundió su rostro contra su hombro para sofocar un grito de placer y su polla se sacudió en su interior. Los dos se habían corrido al mismo tiempo.

Él le dio un beso rápido en el hombro antes de apartarse de ella. Tuvo que sostenerse de la pared por un instante para recuperar la compostura.

—¿Estás bien? —le preguntó él, mientras se abrochaba los pantalones.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Acaso no estuve a la altura de lo que esperabas?

Había sido mejor de lo que imaginó, e intuyó que él sabía que era bueno. Se subió las bragas y se bajó el vestido.

—Cuando un hombre hace esa pregunta después de haber tenido sexo, lo único que busca es que le suban el ego —comentó—. No eres muy diferente al resto de los hombres, Jhon.

Él le lanzó una mirada divertida.

—¿Y bien? ¿Cuál es tu veredicto? —se mofó.

—Estuviste genial —respondió, haciéndolo a un costado para salir del cubículo.

Sus mejillas ardieron de vergüenza. Emily, la prostituta, se había follado a su primer cliente. Ella se acomodó la peluca colorada y miró a John por encima del hombro.

—No soy pelirroja —le confesó—. Ahora mismo llevo una peluca.

Él enarcó una ceja.

—¿Ah, sí? No me había dado cuenta.

Bajó la mirada y sonrió. John sí sabía que ese no era su pelo natural. Se dirigió al lavado y abrió la canilla. Se refrescó con agua las mejillas y el cuello. Acercó el rostro al espejo y frunció el ceño. Notó que una mancha roja salía por debajo de la puerta del último cubículo. Se secó las manos con la toalla de papel y caminó hacia allí.

—Mira esto, John —dijo—. ¿Acaso es sangre...?

De repente, todo su alrededor empezó a verse borroso y se oscureció.

6. LAS NOTICIAS

CREYÓ que la cabeza iba a explotarle cuando despertó. Miró a su alrededor y se cubrió los ojos con un brazo. ¿Cómo diablos había llegado a su casa? No recordaba en qué momento se había metido a la cama. Tenía imágenes confusas. ¿John había existido o todo había sido un sueño? Echó las mantas hacia atrás y se levantó de la cama. Se quitó la peluca y la arrojó sobre una silla. Se había dormido con el vestido y se lo sacó por la cabeza. Ella apestaba a humo de cigarro. Frunció el ceño. ¿Entonces si había ido a un Club la noche anterior?

Se acarició las sienes con las yemas de los dedos cuando sintió una puntada. Tuvo una visión de ella teniendo sexo con un hombre en un baño. ¿John? Soltó un bufido. Halló su bolso en la mesa de noche y lo abrió. Había doscientos dólares. Los cogió y los apretó contra su pecho. John era real. Él le había dado el dinero. ¿Pero dónde estaba? Recordaba haberlo visto por última vez en el servicio de hombres del Club y luego de eso, había una nebulosa. Todo era confuso.

Ingresó al baño y abrió la ducha de agua caliente. Se quitó el sostén y las bragas y se metió debajo del agua. Todavía podía sentir a John dentro de ella. Sonrió como una tonta. Se puso champú en la palma de la mano y se lavó el pelo. Cerró los ojos y dejó que el agua la enjuagará. Se quedó en la ducha hasta que la habitación se llenó de vapor y no podía ver nada. Haberse hecho pasar por Emily había sido la locura más grande que había cometido. Enchufó el secador de pelo y quitó el vapor del espejo para verse. Suspiró. Había vuelto a ser la tímida e introvertida Amy. Se sacudió el cabello con los dedos mientras se lo secaba. Apagó el aparato cuando creyó que alguien había dicho algo.

Echó el rostro hacia atrás al ver a Emily en el espejo.

—¿Disfrutaste ser yo por una noche, verdad? —le cuestionó su personaje.

¡Oh, por Dios! Ella había enloquecido. Arrojó el secador en el lavado y se dirigió a la habitación continua. Dio un respingo cuando observó a Emily

estirada sobre la cama.

—Tú no eres real —musitó, señalándola con el dedo.

Emily se puso de costado, hundió el codo en el colchón y apoyó la mano en la cabeza.

—No seas melodramática, Amy —expresó—. Tú me creaste y finalmente, hemos conectado.

Debía llamar a Devon y pedirle que le sacara un turno con un psiquiatra.

—Sal de mi vista —le ordenó.

Emily se levantó de la cama y se dirigió hacia el escritorio.

—Enciende el ordenador y ponte a escribir —le dijo—. Y hazme el favor de borrar las chorreadas que has puesto sobre mí: «Emily, la traga semen». ¿Enserio crees que una prostituta no puede hacer otra cosa?

Ella puso los brazos en jarra y la miró boquiabierta. Que su personaje mordiera la mano de quien la había creado, no le había gustado ni un poco.

—Te ganaste ese apodo luego de no haber dejado polla sin probar del pueblo en donde naciste —musitó mordaz.

Emily no pareció haberse ofendido. Sacó un espejo de mano y un labial de su bolso y se pintó la boca de rojo. Ella era tal cual se la había imaginado. El cabello colorado le llegaba a los hombros, sus ojos azules eran grandes, de contextura delgada y muy seductora.

—Tal vez esa sea la razón por la que Devon haya rechazado varias veces tu manuscrito —replicó. La prostituta había logrado ofenderla—. El personaje necesita más dramatismo, Amy —encendió un cigarro, le dio una calada y exhaló una bocanada de humo, luego continuó—: No me parezco en nada a la mujer sosa que describes en la historia.

Se cruzó de brazos y soltó un gemido.

—Bien, entonces ilumíname...

Emily apoyó la pierna en su rodilla contraria y le señaló la silla para que se sentara.

—Comienza por escribir lo que sucedió anoche —hizo una pausa—. Y no te olvides de agregar a John.

Hacía meses que ella no se había sentido tan inspirada. Había escrito toda la mañana y le envió el borrador a Devon. Esperaba que estuviera conforme con los cambios que le había hecho a la novela. Nina, la enfermera que cuidaba a su abuelo, la había llamado y le pidió que se acercara al geriátrico. Su abuelo había querido fugarse para buscar a su nieta de la escuela. Por lo menos él ya reconocía que tenía una nieta.

No había encontrado su coche en el estacionamiento del motel y tuvo que viajar en colectivo hasta el geriátrico. Luego pensaría donde había dejado su vehículo. La enfermera la puso al tanto de la travesura que había hecho su abuelo cuando llegó. Ella le había comprado los chocolates con pasas que a él tanto le gustaban, y dejó la caja sobre la mesa de noche cuando ingresó a la habitación para verlo.

Él se había puesto la chaqueta que usaba cuando estaba en el ejército.

—Teniente Klarson —lo saludó ella como si fuese un soldado.

Su abuelo le sonrió con ternura.

—Llegas tarde Anne —dijo él—. Pero si me das uno de esos chocolates que trajiste, no le diré nada a tu madre que te escapaste por la ventana para irte con tus amigos.

Anne era su madre. Ella la había dejado cuando era una niña para irse con uno de sus novios y con el tiempo, su abuelo se había enterado que su hija había fallecido en un accidente de auto. Anne había estado alcoholizada. Solo tenía a su abuelo en el mundo y era doloroso que él no la reconociera la mayor parte del tiempo.

Abrió la caja de chocolate e hizo que él cogiera uno.

—¿Te gustan? —le preguntó.

Su abuelo asintió con la cabeza.

—¿No vas a probar uno?

—No, te los traje todos para ti.

Él frunció el ceño.

—Estás muy delgada Anne —le reclamó—. Debes alimentarte bien, y

más ahora que estás embarazada.

—¿Con que ya lo sabes, eh? Sospecho a que serás un buen abuelo.

Él agitó una mano en el aire, restando importancia a su comentario.

—¿Has pensado el nombre de la niña?

Ella hizo una mueca con la boca.

—¿Tienes algún nombre en mente?

Su abuelo se inclinó hacia ella.

—Te diré un secreto, —susurró— cuando naciste quise ponerte Amy, pero tu madre prefirió Anne.

A ella se le hizo un nudo en la garganta. Lo único bueno que había hecho su madre, había sido haberle dado ese gusto a su abuelo. Se enjuagó rápido una lágrima que se le había caído en la mejilla.

—Amy es un lindo nombre —farfulló.

—¿Quién es Amy? —quiso saber él.

—Nadie, no es nadie.

—¿Quién eres tú?

Apretó los labios para ocultar un sollozo.

—¿Quieres ver las noticias, Patrick? —le preguntó.

Su abuelo asintió con la cabeza. Ella prendió el televisor con el control remoto y puso el canal que a él le gustaba. «Será mejor que dejen sus abrigo en casa, hoy tendremos un día cálido en Pensilvania», informó la chica del clima.

Nina, la enfermera, ingresó a la habitación para darle la medicina a su abuelo. Él se las tomó y pidió que le subiera el volumen a las noticias. Ella se sentó en el borde de la cama y alzó la vista hacia la pantalla del televisor. Habían puesto la foto de un hombre que estaban buscando. Ladeó la cabeza y arrugó el ceño. Él se parecía a Mark.

«Mark Nilson es el dueño del Club *El Estrellato*. Han hallado muerto a sus guardaespaldas, pero él no aparece», dijo el conductor del noticiero.

Abrió grande los ojos cuando se mostró un identikit de la última persona con la que lo habían visto. «¡Oh, diablos!». La mujer se parecía a ella.

«Es una mujer de la noche —siguió diciendo el conductor—. Y se la conoce con el nombre de Emily. Si alguien la ha visto, pueden contactarse con los números que salen en pantalla».

La enfermera de su abuelo sacudió la cabeza.

—Debe ser una viuda negra —comentó.

—¿Qué? ¡No! —chilló.

La enfermera miró el identikit y luego a ella y dijo:

—¿Sabes? Tienes un aire similar con la mujer que buscan.

Tragó saliva.

—¿Eso crees?

Nina había puesto una expresión seria y al instante, soltó una carcajada.

—¡Claro que no! —Exclamó—. La mujer que buscan tiene las mejillas más delgadas y es pelirroja —dijo—. Tendrías que haber visto la cara que pusiste —se mofó—. Creí que te desmayarías.

Se había olvidado de lo bromista que era Nina. Y su vida sí que daba risa. No solo estaba en bancarrota, ahora también la buscaba la policía.

—¿Amy? —murmuró su abuelo.

Él la había reconocido. Sonrió de la emoción.

—¿Estás aquí abuelo?

—¿Cómo estás, cariño?

Necesitaba a ese hombre. Necesitaba de sus consejos. Necesitaba que le dijera que todo iba a estar bien. Ella se le aproximó y ahuecó una mano en su mejilla.

—Ahora mucho mejor...

—¿Has terminado tu novela? —quiso saber su abuelo.

—No, aún no.

Él miró a la enfermera y dijo:

—¿Sabes? Mi nieta es escritora.

—Sí, ya me lo habías dicho, Patrick —replicó Nina.

Su abuelo dejó de sonreír y cruzó los brazos como escudo contra su pecho, a la defensiva.

—¡No me pegues! —gritó él.

—No voy a pegarte, abuelo.

—¡No me pegues! —siguió repitiendo.

Miró a la enfermera con desesperación. Los momentos de lucidez de su abuelo cada vez duraban menos tiempo. Sintió una punzada de dolor en el corazón. Nina le pidió que saliera de la habitación para calmarlo. Ella se acuclilló en el corredor y se cubrió el rostro con las dos manos y lloró como una niña.

Su teléfono empezó a sonar. Sacó el aparato del bolso y en la pantalla salía una foto de Devon. Atendió el llamado.

—Dime que te ha gustado lo que he escrito —le dijo.

—¿Si me ha gustado? —Repitió—. ¡Me ha encantado, Amy!

Ella se puso de pie de un tirón.

—¿Lo dices en serio, Devon?

—Las páginas que me has enviado, es lo que te he estado pidiendo, Amy —expresó—. No sé cómo te has inspirado, pero sigue en ese camino.

Si ella seguía ese camino, probablemente terminaría presa o muerta. Estar en los zapatos de Emily le había causado muchos problemas.

—Lo intentaré... —repuso.

—Ya te he depositado dinero en tu cuenta —le hizo saber.

Respiró aliviada.

—Gracias, Devon.

—Continúa escribiendo, que quiero saber más sobre Emily —le dijo él antes de colgar.

7. MI VECINO, EL ASESINO

SE RECLINÓ en la silla y se quedó observando la pantalla del ordenador. Tener la hoja en blanco era un fastidio. Levantó los brazos por encima de la cabeza y se desperezó. Niki, su gato, saltó sobre su regazo para que lo acariciara.

—¿Con que estás mimoso, eh?

Su gato se hundió en su regazo y ronroneó. Niki buscaba recibir amor como Emily. Ella se inclinó hacia adelante y tecleó:

«Emily esperaba que John apareciera por la puerta de su recámara y le hiciera todo lo que le había hecho la noche anterior».

Se mordisqueó el labio inferior y siguió escribiendo:

«Emily, la traga semen, se había enamorado», lo borró y corrigió: «Emily se había enamorado por primera vez de un cliente».

Miró hacia la pared por encima del hombro cuando escuchó ruidos en la habitación continua. Su vecino estaba discutiendo con alguien. Se quitó las gafas y las dejó sobre el escritorio. Hizo que Niki se bajara del regazo y se levantó de la silla. Todavía recordaba a la mujer que había oído gritar y no sabía que había ocurrido con ella. Se acercó a la pared que daba con su vecino. Escuchó un portazo. Él había salido.

Corrió hacia la ventana y observó a su vecino subirse a su coche. De repente, tuvo una loca idea cuando lo vio marcharse del motel. Entrar a su habitación y hurgar entre sus cosas. Su vecino le daba mala espina y sabía que algo le había hecho a la mujer que estaba con él. Se quitó las pantuflas y se puso unos tenis. Apretó el cinturón de la bata y salió de la habitación.

Pudo abrir la puerta de su vecino con su propia llave. El gilipollas del dueño del motel había puesto las mismas cerraduras en todas las habitaciones. Estaba todo oscuro cuando ingresó y encendió la lámpara de noche para no llamar mucho la atención. Había colilla de cigarro por todos lados y ropa sucia desparramada por el suelo. Levantó la manta de la cama con las puntas de los dedos. Encontró unas bragas rojas de mujer entre las

sábanas. ¡Ja! Lo sabía. Ella la había oído. Siguió husmeando entre sus cosas. Dio un paso atrás cuando halló varias armas en uno de los cajones del mueble.

Había visto demasiado, debía largarse. «Mierda». Su vecino había regresado. Si ella salía, él se daría cuenta que había estado en su habitación. Echó una ojeada a su alrededor para ocultarse. Intentó esconderse debajo de la cama, pero había bolsos y más armas. Abrió las puertas del armario y se metió. Sintió un olor asqueroso. Miró a un costado por encima del hombro. El olor provenía de un cuerpo en plena descomposición. La mujer que había escuchado el día anterior, la tenía a su lado, muerta, con los ojos abiertos en par en par. Se cubrió la boca con las dos manos para ocultar un grito. Y era demasiado tarde para salir de allí.

La puerta de la habitación se abrió e ingresó su vecino junto a otro hombre. Tenía el pulso tan acelerado, que le pareció que tendría un infarto en ese mismo instante. Si ellos la descubrían, la matarían como a la mujer que tenía a su lado. Solo a ella se le ocurría algo tan estúpido como querer meterse en la habitación de alguien que sospechaba que era un asesino. «Bien hecho, Amy». Quiso llorar cuando el cuerpo de la mujer se le fue encima. Cerró los ojos y la apartó con las yemas de los dedos. Un escalofrío le recorrió la nuca.

Podía espiar a su vecino a través de las rendijas de la puerta. Él estaba contando un dinero que había sacado de un sobre.

—¿Está todo? —le preguntó el hombre que lo acompañaba con acento extranjero. Apostaba todo lo que tenía a que era ruso.

—Sí —respondió él—. Las armas están debajo de la cama.

El hombre se agachó y sacó los bolsos, los puso sobre el colchón y los abrió. Agradeció no haberse escondido debajo de la cama.

—La mercadería está completa —dijo—. Víctor no quiere más errores, como los que pasó en el Club.

Se echó hacia atrás y se ocultó entre las prendas cuando creyó que su vecino iba a abrir el armario.

—No habrá más errores —replicó—. Me encargaré del asunto yo mismo. Greg ya sabe que estoy detrás de él —le contó—. Anoche me pareció verlo en el motel.

Su compañero hizo una mueca con los labios.

—Dudo que haya sido él, o ahora mismo estarías muerto, Brutus.

Descubrió que su vecino se llamaba Brutus.

—No estés tan seguro —musitó molesto—. Será divertido cazar a Greg. Y Víctor me tendrá que pagar una buena suma de dinero.

Abrió grande los ojos. Ellos iban a matar a un hombre: Greg.

El acompañante de Brutus se sentó en el sillón de un cuerpo que estaba delante de la mesita baja. Él sacó una bolsita del bolsillo interno de su chaqueta y puso el contenido sobre una bandeja de aluminio. Se inclinó hacia delante e inhaló por la nariz el polvo blanco que había acomodado prolijamente con una tarjeta.

Brutus se acercó a él y tiró la bandeja al suelo con brusquedad.

—¡Qué demonios haces, yanqui de mierda! —rugió su compañero, observando su mercancía desparramada por el piso.

Brutus cogió un arma del bolso que estaba sobre la cama.

—Te dejé bien en claro que no quiero drogadictos trabajando conmigo —repuso, observando el revólver contra la luz de la lámpara—. Necesito que cubras mis espaldas, no yo la tuyas. Greg está cerca y solo me serás un estorbo.

Su compañero se reclinó en el sofá y se limpió la nariz con el pulgar.

—No soy tu jodida niñera, Víctor me puso para controlar que hagas bien tu trabajo.

—¿Ah, sí? ¿Tú me controlas? Y yo que pensé que te habían puesto para que cargaras mis pelotas —replicó—. Ahora están transpirando y quiero que me las seques —añadió, apuntándolo con el arma.

Su compañero frunció el ceño.

—Baja el revólver, Brutus —le pidió.

Él ladeó la cabeza y entornó los párpados.

—Me he dado cuenta que no he probado la mercancía —dijo antes de dispararle en el pecho—. Sí —musitó, revisando el arma—. Funciona perfectamente.

A ella se le escapó un grito. Él se volteó hacia el armario. Supo que

ese era su fin. Extendió un brazo y con la mano temblorosa, entreabrió una de las puertas del armario y el cuerpo que estaba a su lado, salió del closet. Su vecino esbozó una sonrisa.

—¿Con qué eras tú, eh?

Ella se acurrucó en un rincón y se ocultó entre la ropa, mientras Brutus volvía a guardar el cuerpo de la mujer en el armario. Exhaló el aire que había contenido en los pulmones cuando él se alejó. Su vecino cogió los dos bolsos que estaban sobre la cama y se los cargó en el hombro. Esperó a que él se marchara de la habitación para salir del armario. Se inclinó hacia adelante y apoyó las manos en las rodillas, para recobrar la respiración.

Alzó la vista hacia el hombre que estaba en el sofá. Dio un respingo cuando él la miró y balbuceó: «ayúdame». Todavía seguía con vida. Soltó una maldición. Si no lo ayudaba, su conciencia no la dejaría en paz. Buscó una toalla del baño y luego se la puso en el pecho, para controlar la hemorragia.

—Iré por ayuda, ¿vale? —le dijo—. ¿Quién eres?

—T-t-toma e-el...

Se inclinó hacia él y se acercó más a sus labios para comprender lo que intentaba decirle.

—Toma el diner-ro —tartamudeó.

—¿Qué dinero?

Él señaló el bolso que tenía a un costado con el mentón.

—L-llévatelo antes q-que Brutus r-regrese... —balbuceó.

No podía coger ese dinero. No debía estar limpio. De repente, Emily apareció en la habitación. Se puso detrás del moribundo y apoyó los brazos en el respaldo del sofá.

—Sujeta ese bolso y vete —le dijo ella.

—No puedo...

—Estás en la quiebra Amy, ¿cómo crees que podrás seguir pagando la enfermera a tu abuelo?

Emily era el diablillo que le incitaba a hacer cosas malas. Pero ella tenía razón. Usaría el dinero para una buena causa. Cogió el bolso y miró al

moribundo.

—Llamaré a emergencia, no te muevas.

¿Y a dónde iba a ir? A penas podía mover los labios. Él sonrió y parecía feliz que se marchara con el dinero.

8. UN MUERTO EN LA HABITACIÓN

ELLA llamó a emergencia y pidió que enviaran una ambulancia. Si Brutus regresaba por el dinero y no lo encontraba en su habitación, iba a buscarlo por todo el motel. Ella debía largarse de inmediato. Sacó una maleta del closet y empezó a guardar algunas de sus cosas a toda velocidad, antes de que llegara la policía y la ambulancia. ¿En qué lío te has metido, Amy? Era sospechosa por la desaparición de Mark, y ahora tendrían sus huellas en una escena del crimen. Guardó su ordenador portátil y el manuscrito de su novela.

Chasqueó los dedos para llamar a Niki y que se metiera dentro de la jaula.

—Ven con mami, cariño —murmuró.

Niki movió la cola y se metió en la jaula. Cogió la peluca colorada que estaba sobre la silla antes de salir de la habitación y la guardó en el bolso. Bajó las escaleras corriendo y recordó que no tenía su jodido coche. Pero estaba la camioneta del gilipollas del dueño del motel. Las luces de recepción estaban encendidas y él se encontraba detrás del mostrador. Dejó a su gato y los bolsos en la caja de la camioneta. Respiró hondo. Se echó el cabello por detrás de los hombros y caminó hacia recepción.

Jim dejó de leer su revista de comics cuando ingresó y la puso sobre el mostrador.

—¿Puedo ayudarte? —le preguntó, enarcando una ceja.

—Sí —afirmó—. Me voy del motel y he venido a traerte las llaves, y a decirte que he escuchado ruidos extraños en la habitación veintisiete —le informó.

Bueno, no salió como lo había imaginado. Creyó que él saldría a ver lo que sucedía y que ella aprovecharía para coger las llaves de su camioneta y se iría, pero el gilipollas no tenía la menor intención de hacerlo.

—Iré a chequear en un momento, pero primero quiero que me pagues lo que me debes.

Ella había saldado su deuda con el dinero que Devon le había girado a

su cuenta.

—No te debo nada, Jim —le recordó.

Él salió detrás del mostrador y se dirigió a la puerta, la cerró y le puso llave.

—¿Qué crees que haces, Jim? —preguntó, despacio.

El gilipollas se metió las llaves en la pretina del pantalón.

—Me debes mi silencio, Amy —respondió.

Sus cejas castañas se unieron.

—¿Tu silencio? —repitió.

Retrocedió cuando él avanzó hacia ella.

—He visto las noticias y reconocí a la mujer que están buscando por la desaparición de un gilipollas.

—No comprendo que intentas decirme —murmuró a través de los dientes.

—¿Ah, no? Si quieres llamo a la policía y les digo que en la habitación veintiséis hay una mujer que se parece al identikit —la amenazó—. Te vi cuando salías la otra noche con la peluca colorada y llevabas la ropa que dicen que usaba la prostituta. ¿Qué has hecho con el hombre?

¿Qué había hecho para que su vida se convirtiera en un infierno? Observó de reojo las llaves de la camioneta del desgraciado que estaban detrás del mostrador. Él extendió un brazo para acariciarle el rostro, pero ella se hizo a un lado. Le sonrió para no alterarlo más.

—Soy escritora, Jim, no prostituta —le dijo—. Y la policía ya viene en camino —le avisó—. Yo la llamé. Me parece que han matado a alguien en una de las habitaciones de tu motel, y quien tendrá que dar explicaciones aquí... —hizo una pausa. Rodeó el mostrador, se inclinó hacia delante y disimuladamente, cogió las llaves de la camioneta. Ella sonrió y añadió—: Serás tú, Jim.

—No te creo —musitó él.

Ella tamborileó los dedos sobre la madera.

—Bueno, eso se arregla fácil, ve a chequearlo tú mismo —le aconsejó—. Y también se te añadirá cargo por acoso. ¿Sabes? En prisión los

violadores terminan siendo la muñequita de todos.

Él se rascó la nuca, nervioso.

—¿Cargo por acoso?

—Encerrar a una mujer en una habitación, creo que se le llama acoso —dijo sarcástica.

Jim se aclaró la garganta.

—Solo quería asegurarme de que pagaras tu deuda.

—Pero ya he saldado mi deuda, Jim.

Él se metió la mano en los pantalones y sacó la llave. Ella respiró aliviada. Jim no era más que un gilipollas.

—Sí, ahora lo recuerdo —repuso, mientras abría la puerta—. Iré a chequear la habitación veintisiete.

Ella corrió hacia la camioneta y se subió. Las llaves se le resbalaron de la mano y se les cayeron a la alfombra cuando intentó encender el motor. Se agachó para cogerlas y oyó que otro vehículo se estacionaba. Alzó la vista. «Joder». Su vecino había regresado. Jim seguía en su habitación. Él era un gilipollas, pero su conciencia no podría cargar con su muerte. Maldita sea. Se bajó despacio de la camioneta. Aprovechó que Brutus hablaba por teléfono para subir las escaleras. La puerta de la habitación veintisiete estaba entreabierta. Ingresó y observó a Jim blanco como un papel, mirando los cuerpos como un zombi.

—Sal de aquí ahora mismo, Jim —le ordenó—. Quien hizo todo esto, está subiendo.

—Ellos están muertos —murmuró él, con la mirada perdida.

Puso los ojos en blanco. Sujetó a Jim del brazo y cuando quiso sacarlo de la habitación, alguien les bloqueó el paso. Tragó saliva. Brutus, su vecino, hizo que ingresaran nuevamente a punta de pistola.

—¿Ya se van? —Dijo mordaz—. Pero dejen que les convide con una copa.

Él cerró la puerta con el talón y les pidió que se sentaran en la cama.

—No esperaba encontrar invitados cuando regresara —siguió diciendo.

Ella se llevó las manos al regazo y se las apretó.

—Vimos la puerta abierta y nos pareció oír que pedían ayuda —comentó.

Brutus miró los dos cadáveres, divertido.

—¿Ah, sí? —Masculló él—. ¿Cuál de los dos fue el que gritó?

—Él... —respondió, señalando el cadáver del sofá.

Su vecino se acuclilló delante de ella.

—¿Nos conocemos, linda?

Ella negó con la cabeza. Él conocía Emily, no a Amy.

Brutus frunció el ceño cuando no vio los bolsos. Se puso de pie y apuntó la cabeza de Jim con el arma.

—Lo preguntaré una vez, ¿dónde está el dinero?

Jim abrió grande los ojos.

—¿¿Qué dinero?! —exclamó.

—El que estaba en la habitación —le aclaró Brutus, haciendo rodar el tambor del revólver.

Jim se orinó en los pantalones.

—No había ningún dinero cuando entré —dijo—. Ella fue quien me pidió que viniera —la delató el desgraciado.

¿Y ella había regresado por ese gilipollas? Menuda idiota. En ese instante, podía estar conduciendo por la carretera. Brutus dirigió la vista hacia ella y le siguió preguntando a Jim:

—¿Entonces no viste el bolso con dinero?

—No.

—¿Y estás aquí por culpa de ella?

—¡Sí! —gimió entre sollozos.

—¿Juras no haber tomado mi dinero?

—Lo juro —expresó—. Ella debió tomarlo —continuó—. Estaba muy

apurada por abandonar el motel.

Ella se quedó boquiabierta. «Bastardo asqueroso».

Brutus regresó la vista a Jim y le disparó en medio de la frente.

—Odio a los soplones, ¿tú no?

A ella se le escapó un grito. Jim había caído de espalda contra el colchón y las sábanas blancas se estaban tiñendo de rojo. Contuvo una arcada en la garganta. Se alejó al otro extremo de la cama.

—¿Te manda, Greg, verdad?

—¿Quién? —Preguntó ceñuda—. ¡No! No conozco a ningún Greg.

Brutus puso su arma en su cabeza.

—¿Quién eres?

Debía tener la presión por las nubes. La respiración se le aceleró y la frente le sudaba.

—Tu vecina.

—¿Mi vecina?

—Mi habitación está al lado —respondió—. Escuché ruidos extraños y esa fue la razón por la que entré.

—¿Emily? —Ella asintió con la cabeza y él siguió—: No te reconocí sin la peluca. Debiste mantenerte al margen, Emily. Me caías bien.

Se atrevió a mirarlo a los ojos.

—Si me dejas ir, no le diré a nadie que has matado a estas personas —intentó negociar.

—¿Cómo sabes que he sido yo quien las ha matado?

«Diablos».

—¿No has sido tú? —inquirió en un tono inocente.

Brutus resopló.

—Te dejaré ir, pero si solo antes me dices en donde está mi dinero.

Él no la dejaría ir y si le decía dónde estaba el dinero, terminaría como Jim.

—Déjala ir, Brutus —dijeron a sus espaldas.

Ella miró hacia la puerta por encima del hombro. ¿John? La escena parecía sacada de un capítulo de su novela. Él apuntaba a Brutus con un arma.

—Sal de aquí, Amy —le ordenó él.

Frunció el ceño. ¿Amy? ¿Cómo sabía su nombre real? Pero ese no era el momento adecuado para averiguarlo.

Brutus se humedeció el labio inferior con la lengua.

—Siempre creí que trabajabas solo, Greg.

—Y lo sigo haciendo —murmuró John.

¿John era Greg? ¡Qué pequeño era el mundo! Se levantó de la cama y se puso a espaldas de él.

—Devuelve mi dinero, Greg —le exigió Brutus.

—¿De qué dinero hablas?

—Del dinero que ella me robó —replicó.

John la miró divertido.

—¿Tú cogiste su dinero? —le preguntó.

«Sí».

—No.

No quería que él se llevara una mala imagen de ella. Demasiado era que John creyera que ella era una prostituta.

—Ella ha dicho que no ha sido —repuso—. Mete la mano en el bolsillo de mi pantalón y saca la llave de mi coche, Amy.

Hizo lo que le pidió.

—Ve encendiendo el motor que en un momento estaré contigo —le dijo.

Ella miró a Brutus y luego regresó la vista a John. Debía advertirle de la conversación que había oído. Brutus lo quería ver muerto.

—Él planea asesinarte —le avisó.

—Lo sé —murmuró—. Ahora vete, Amy.

Brutus la señaló con un dedo.

—Sé que tienes mi dinero y voy a encontrarte donde quieras que vayas, y vas a rogar no haberte cruzado nunca en mi camino —la amenazó.

Abrió grande los ojos. Pero se tranquilizó al ver que John sonreía. Él la hacía sentir segura. No tenía ni idea que hacía John allí, pero fuese cual fuera la causa, le había salvado el pellejo otra vez.

—¿Ahora también amenazas a mujeres, Brutus?

—Ladrón que le roba a ladrón, tiene mil años de perdón —se atrevió a decir antes de salir de la habitación.

Escuchó que John soltó una carcajada. Bajó las escaleras corriendo y apretó el botón de la alarma del coche para saber cuál era. Quedó alucinada cuando las luces del Audi estacionado se encendieron. Sacó sus cosas de la caja de la camioneta de Jim y las metió en el otro coche. Niki empezó a maullar desde el asiento trasero.

—Tranquilo, cariño, mami ya está aquí —susurró.

Se hundió en el asiento cuando la sirena de la ambulancia y de la policía, se empezaba a oír. «Mierda». Alzó la vista hacia la planta de arriba. ¿Por qué John demoraba tanto? Salía humo de la habitación veintisiete y de repente, tenía a John metiéndose en el coche.

—¿Has matado a Brutus? —quiso saber.

Él encendió el vehículo.

—No.

¿No lo había hecho? ¿Y qué creía? ¿Qué él era un asesino en serie?

—¿Eso significa que Brutus irá tras de mí?

—Sí —respondió, sacando el Audi del motel.

Se cubrió el rostro con las dos manos y se hundió aún más en el asiento.

—¡Oh, por Dios, él va a matarme! —gimió.

John le dirigió una mirada rápida.

—No lo hará —la contradijo—. Él no te matará si te quedas conmigo.

9. ¿QUIÉN ES JOHN?

TODO era una locura. Huir era una pésima idea. Ella debía entregarse a la policía y decir toda la verdad. Miró a John de reojo. Él conducía como un experto. Desde que habían salido del motel, no había dicho ni una palabra. Ella tampoco. Intentaba procesar todo lo que había ocurrido. ¿A dónde iban a ir? ¿Qué hacía él en el motel y con un arma? ¿Por qué un hombre como Brutus quería asesinarlo? ¿Y por qué John lo había dejado escapar? Tenía muchas preguntas. Apoyó la cabeza contra el respaldo del asiento y resopló.

John frenó el Audi cuando el semáforo cambió a rojo.

—¿Qué hacías en la habitación de Brutus? —quiso saber él.

Bien, empezaría el interrogatorio. Ladeó la cabeza hacia él y respondió:

—Mi habitación estaba al lado de la suya —continuó—. Y me pareció oír que una mujer pedía ayuda, y cuando tuve la oportunidad para averiguar que había escuchado, me metí en su habitación para investigar —le confesó—. ¿Sabes? No me había equivocado, encontré a una mujer muerta en su closet.

Él curvó los labios en una especie de sonrisa.

—Y la curiosidad mató al gato —repuso—. Debes evitar meter tus narices en donde no te llaman, Amy. Esta vez has tenido suerte. Brutus pudo matarte.

Se encogió de hombros. Sabía que tenía razón. En menudo problemas se había metido por meterse en sitios que no debía.

—Soy escritora y observar la vida de los demás, está en mi naturaleza —se excusó—. ¿Cómo sabes mi nombre?

—Tú me lo dijiste en el Club...

Negó con la cabeza.

—En el Club te dije que me llamaba Emily —lo corrigió—. ¿Cómo sabes mi nombre verdadero?

John le echó una ojeada rápida y luego volvió a centrar su vista en la carretera.

—En el Club te desvaneciste y tuve que llevarte a tu casa —le contó—. Encontré tu carnet de conducir en tu bolso mientras buscaba a donde vivías.

¿Con qué así ella había llegado a su casa, eh? Misterio resuelto. Si los dos estaban metidos en el mismo lío, debía confesarle la verdad:

—Me hice pasar por Emily para conectarme con el personaje que estoy escribiendo en mi novela —hizo una pausa—. No soy prostituta.

Él no dijo nada. Respiró hondo y siguió diciendo:

—Vi mi identikit en las noticias. La policía me está buscando porque creen que tengo algo que ver con la desaparición de Mark. ¿Tú sabes algo de él?

—Ellos no pueden hacerte nada si el cuerpo no aparece.

«¡Pero ella no había hecho nada!», quiso gritarle.

—¿Por qué regresaste al motel?

—Porque también te vi en las noticias.

¿Acaso él la creía culpable?

—¿Ibas a entregarme a la policía? —le cuestionó, ceñuda.

Ahora él sí se había reído.

—No —repuso—. Vine a asegurarme de que no fueras a la policía.

Ella extendió un brazo y le acarició la mejilla.

—Gracias por ayudarme.

Notó que John tensó los músculos con su contacto. El misterioso hombre de traje era reacio a las caricias. Sabía que no tenía ningún derecho sobre él, pero creyó que al haber estado juntos la noche anterior, la habilitaba a tocarlo.

—Si haces lo que te digo a pie de la letra, saldrás viva de todo esto.

Y la que se rió en ese instante fue ella.

—¿Ah, sí? ¿Quién eres, John? —masculló en un tono misterioso.

Él tocó la bocina para que el coche que tenía adelante se apurara.

—Mi verdadero nombre es Greg, no John —le hizo saber.

—¿Con qué también diste una identidad falsa?

Greg soltó el volante por unos segundos y levantó las manos.

—Culpable.

Él detuvo el coche en el local de comida rápida, bajó la ventanilla y pidió unas hamburguesas, patatas y refrescos para llevar. Le entregaron la orden y condujo hasta el estacionamiento del sitio para comer. Ella no podía probar un bocado.

—Come... —le ordenó.

Hizo a un lado el paquete con la hamburguesa y abrió el refresco.

—No tengo hambre.

Greg se ladeó hacia ella y apoyó el codo en el respaldo del asiento.

—Haremos un viaje largo y no sé cuándo tendremos otra parada para comer —le avisó—. Así que coge la maldita hamburguesa y te la comes —murmuró en un tono que no aceptaba protesta—. No tengo intención de lidiar con otro de tus desmayos, y mucho menos, cuando nos sigue un asesino.

Ella le sonrió mordaz. Quitó el envoltorio a la hamburguesa y le dio un buen mordisco.

—¿Feliz? —le preguntó con la boca llena.

Greg extendió un brazo y le limpió la salsa de tomate que le había quedado en la comisura de los labios con el pulgar, luego se llevó el dedo a la boca y se lo chupo.

—Lo estaré cuando la acabes—respondió, mientras empezaba a probar la suya.

—¿A dónde iremos?

Él bebió un trago del refresco antes de decir:

—Todavía no lo sé.

—¿No lo sabes? ¿Y cuál es el plan? ¿Huir toda la vida para que no nos atrapen?

—Buscaremos al cabecilla de todo esto, si el líder desaparece, no habrá más ordenes que seguir.

Sus cejas se unieron.

—¿Y quién es el cabecilla? ¿Brutus?

Él le quitó la patata que se iba a meter a la boca y se la comió.

—No, Brutus es un daño colateral.

En buen lío se había metido y lo peor era que no tenía ni idea de la gravedad del asunto. Tampoco sabía quiénes eran los involucrados. Solo era consciente de que querían matarla.

—¿Por qué usas armas?

—¿Defensa personal?

—¿Quién es Víctor?

La expresión de él se tornó aterradora.

—¿Qué sabes de él? —replicó.

—¿Responderás a todas mis preguntas con otra pregunta? —Soltó un bufido y siguió—: Oí a Brutus decir que un tal Víctor le pagó para que te asesine. ¿Por qué quiere matarte?

—Porque cree que iré a la policía y diré todo lo que sé de él.

—¿Y qué sabes de él?

—Si te lo digo, Víctor también vendrá por ti.

—Entonces no me lo digas, ya me es suficiente que uno solo me busque.

La mirada de Greg volvió a relajarse.

—¿Te quedaste con el dinero de Brutus?

—Lo hice porque el hombre que Brutus disparó, me lo pidió —dijo a la defensiva—. Sabía que iba a morir y quise cumplir con su última voluntad. ¿Crees que hice mal con quedármelo?

Él se aflojó el nudo de la corbata y se desabotonó el cuello de la camisa.

—El dinero tampoco le pertenecía a Brutus —comentó—. Te lo quedarás si sales vivas al final de todo esto.

Abrió los ojos alarmada.

—¿Existe la posibilidad de que muera?

—La posibilidad está en cada segundo que pasa, Amy.

Greg acabó su hamburguesa, bajó la ventanilla del coche y arrojó la lata de refresco al cesto de basura. ¿Cómo planeaba él detenerlos?

—¿Vas a matarlos? —quiso saber.

—Probablemente...

—¿Bromeas, verdad?

Él no respondió.

—¿Entonces por qué no mataste a Brutus en el motel?

—Porque lo conozco y sé cómo se mueve, y si lo mataba, Víctor le pediría a otro que hiciera su trabajo y tendría que perder tiempo en averiguar a quien contrató.

Greg parecía que hablaba en serio. Sacudió la cabeza. No podía ser un asesino, y si lo era, tampoco estaría a salvo con él.

—¿Eres doctor, verdad, Greg?

—¿Acabaste tu hamburguesa?

Ella asintió con la cabeza.

Greg cogió los envoltorios y los tiró a la basura.

—Ponte el cinturón que iremos a ver a uno de mis pacientes.

Sintió que se había quitado un peso de encima. Greg sí era doctor. Aunque creyó que no era un buen momento para que él fuera a atender a sus pacientes. Se cruzó el cinturón por delante. Él encendió el motor y salió del estacionamiento.

—¿El cabecilla de todo esto es Víctor, verdad?

—Sí.

—¿Y cuál es el plan? ¿Encontrarlo y pedirle que no nos maten?

Él esbozó una media sonrisa.

—Probablemente...

10. EL PACIENTE

GREG ingresó el coche en el estacionamiento de un edificio elegante. Su paciente debía pagarle muy bien. Esa debió ser la razón por la que él decidió hacerle una visita en las circunstancias en la que se encontraban. Greg apagó el motor del vehículo y le pidió que se bajara. Ella creyó que no era necesario que lo acompañara a ver a su paciente, pero se encontraba cansada para contradecirlo, así que tomó a Niki y se bajó.

Greg la miró ceñudo.

—¿Qué haces con esa bola de pelo?

¿Bola de pelo? ¡Ja!

—Se llama Niki y donde yo voy, él también va, ¿vale? —le dejó en claro.

Él resopló y llamó al ascensor.

—¿Se encuentra muy enfermo?

—¿Quién?

Puso los ojos en blanco.

—Tu paciente —respondió.

—Mmm... —masculló.

Ingresaron al elevador cuando las puertas se abrieron. Él sacó una tarjeta de su maletín y la puso en el ascensor para marcar el piso dieciséis. Ella apoyó la espalda contra el espejo.

—¿No eres ginecólogo, verdad?

—No.

—¿Tu paciente es hombre o mujer? —sintió curiosidad.

Él chasqueó la lengua. Se volteó hacia ella, le sujetó la barbilla y la obligó a que lo mirara a los ojos.

—Mira, este es el trato, acepto que esa bola de pelo te acompañe con la condición de que acabes con tus jodidas preguntas —hizo una pausa—.

¿Vale?

Ella le apartó la mano.

—Solo intentaba formar un vínculo, ya que los dos pasaremos un tiempo juntos.

—Bien, no lo hagas...

«Gilipollas».

—Tampoco me insultes.

—No lo he hecho.

Él la miró de reojo.

—Pero lo has pensado.

Las puertas del elevador se abrieron. Él quitó la tarjeta y pasaron al penthouse. Nadie salió a recibirlos. El departamento se veía increíble. Ella silbó por lo bajo. Los muebles eran de diseño, el piso de mármol rosado y las paredes tenían molduras en dorado.

—Tu paciente debe ganar un buen dinero, ¿a qué se dedica?

Él entornó los párpados.

—Vale, nada de preguntas —hizo un gesto como si se cocía la boca.

—Quédate aquí y no toques nada —le pidió.

Él se apartó y fue a buscar a su paciente. Echó una ojeada a su alrededor y se sentó en el sofá blanco de la sala, mientras esperaba que Greg hiciera su trabajo. Dio un respingo cuando su teléfono empezó a sonar. Era un llamado de Devon. Frunció el ceño. ¿Por qué él le hablaba tan tarde?

—¿Devon?

—¡Gracias a Dios que atiendes, Amy!

—¿Qué ocurre?

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Te encuentras en el motel?

—No —respondió—. ¿Por qué lo preguntas?

Oyó que él respiró aliviado.

—¿Tienes un televisor cerca?

Ella miró a los costados y encontró una pantalla enorme.

—Sí.

—Enciéndelo y pon el canal de las noticias.

Ella dejó a Niki en el suelo y se acercó al aparato. No encontraba el modo de prenderlo. Sujetó el teléfono con la oreja y el hombro, a la vez que buscaba el botón.

—No sé cómo encender el televisor... —murmuró.

De repente, la TV se prendió. Ella sonrió y dijo en voz alta: «Apagar televisor». La TV se apagó. Uauu... eso había sido asombroso.

—¿Has puesto las noticias? —insistió Devon.

No perdió más tiempo y puso el canal de noticias. Estaban pasando imágenes del motel que ella se había estado alojando, y el periodista informaba que se habían encontrado tres muertos en una de las habitaciones. Todavía no se había identificado a dos de ellos, pero que uno era el dueño del alojamiento. La policía iba a interrogar a todos los huéspedes del motel. «¡Oh, diablos!»

—¿Sigues ahí, Amy?

—Sí.

—¿En dónde estás?

—N-no... no lo sé —tartamudeó.

—¿Cómo que no lo sabes? —Le cuestionó—. Pásame la dirección que iré a buscarte.

Las cosas se habían puesto peor de lo que imaginó. Debía avisarle a Greg. Ahora la policía no solo buscaba a Emily, sino también a Amy. Y no quería involucrar a su agente en sus problemas.

—Te llamaré luego Devon —dijo antes de colgar.

Bajó la vista al suelo. Niki ya no estaba. Puso los brazos en jarra y miró al techo. «¿Por qué me la haces tan difícil? ¿Qué he hecho de malo?», quiso saber. Revisó la sala y no encontró a su gato. Greg iba a ponerse furioso. Le había dejado en claro que no debía moverse de la sala. Pero ella debía buscar a su mascota.

—Niki —susurró—. Ven con mami, cariño.

Se dirigió a la habitación continua y luego siguió por el corredor. Al final del pasillo, halló a un hombre sentado, con la cabeza gacha, haciendo guardia en una de las alcobas. Ella se aproximó.

—Lamento molestarlo —dijo—. Pero vine con el doctor y he traído a mi gato conmigo, ¿y a qué no sabe? Se me ha escapado —carraspeó—. ¿No lo ha visto?

Él no respondió y seguía muy quieto en su asiento. Extendió un brazo y le tocó el hombro con un dedo.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó.

El hombre seguía sin decir una palabra. Le levantó la cabeza y dio un paso atrás. Él había recibido un disparo en medio de la frente. El pulso se le aceleró. ¿Brutus los había encontrado? ¡Oh, por Dios! ¡Greg! Él estaba en peligro. Debía alertarlo. Esperaba que no fuese demasiado tarde. Para ninguno de los dos. Tragó saliva.

11. TRAS LOS PASOS DE VICTOR

DESFUNDÓ el revólver cuando observó en el corredor a uno de los hombres de Rajov. Él se quitó la chaqueta del traje y la utilizó para cubrir el arma, y caminó hacia la habitación que el guardia protegía.

—¿Quién eres? —Le preguntó el grandote, sacando su nueve milímetros de la cintura del pantalón—. ¿Cómo has entrado?

—Rajov pidió verme.

—Él no avisó que recibiría visitas, y mucho menos a esta hora.

—Tengo su tarjeta —replicó.

—Quiero verla —le pidió el guardia.

—Oh, claro...

Él hizo que la buscaba en su maletín, pero en vez de entregarle la tarjeta, le insertó una bala en medio de la frente. Sujetó el cuerpo del guardia y lo acomodó en la silla. Giró despacio el pomo de la puerta e ingresó a la alcoba de Rajov. Él había sido socio de Víctor por mucho tiempo. Estaba seguro que él sabía en donde se encontraba. Y como la sociedad había acabado en malos términos, tuvo la sospecha que le diría su paradero.

Rajov estaba tendido en la cama con un tubo de oxígeno al lado. Había escuchado que se encontraba muy enfermo. Había un hombre cerca de la camilla. Debía ser su enfermero. Le apuntó la nuca con el arma y le pidió que no se moviera. Pero él se volteó y le sujetó las muñecas para que tirara el revólver. Se equivocó al pensar que era un enfermero ordinario. Lanzó al hombre contra la pared y le golpeó el estómago con ambos puños. Al sentir que el otro cedía, le lanzó una patada que hizo impacto contra su rótula. Cogió el arma del suelo y le disparó en el pecho.

—¿Quién eres? —murmuró Rajov, con la voz cansada.

Él se acercó al borde de la cama.

—Busco a Víctor...

—Hace tiempo que no sé nada de él —respondió, despacio.

—Un hombre como tú, nunca pierde el rastro de su antiguo socio.

Rajov llenó sus pulmones de aire y dijo:

—¿Por qué quieres encontrarlo?

—Para evitar que él me encuentre primero.

Rajov se rió y luego empezó a toser.

—Me agradas, muchacho.

—¿Dónde está Víctor? —repitió.

—Te lo diré si me haces un favor.

—Estoy de retirada, Rajov —le hizo saber—. Víctor será mi último trabajo.

—Primero escucha mi oferta... —hizo una pausa para toser—. Quiero que desconectes el respirador después de que te diga en que sitio puedes hallar a Víctor.

—¿Por qué yo?

—Porque nadie ha querido desconectarme, y ahora tú tienes un motivo para hacerlo.

Rajov había sido un gánster de los clásicos y que un hombre como él se encontrara postrado en una cama, no debía ser nada fácil.

—De acuerdo, lo haré —aceptó.

—Víctor se encuentra en las Vegas para cerrar un trato con traficantes de armas —le informó—. Él está esperando que llegue la mercancía. ¿Cómo te llamas muchacho?

—Greg, Greg Adams.

—Acaba con Víctor, Greg —le pidió—. Eso debí hacer hace veinte años atrás.

Él asintió con la cabeza.

—Ahora cumple con el trato, Greg.

—Buen viaje... —le dijo, a la vez que desconectaba el respirador.

Cogió una almohada y la puso sobre su rostro, para ayudarlo a que acabara rápido su agonía.

—¡Oh, por Dios! —Chillaron a sus espaldas—. ¡Estás matando a tu

paciente!

Él maldijo por lo bajo.

—Te ordené que te quedaras en la sala, Amy —la espetó.

Ella intentó quitarle la almohada, pero él la hizo a un lado.

—¡Vas a matarlo!

—Esa es la intención...

Después de un momento, Rajov dejó de respirar y quitó la almohada de su rostro.

Amy le lanzó una mirada de desprecio, y algo en su interior hizo que se sintiera fatal.

—¿Él está muerto?

—Sí.

—¿Cómo pudiste? —Le recriminó—. ¡Era un anciano que estaba postrado en una cama!

—Es una historia larga de explicar, Amy.

—¿También has matado al hombre que está en la puerta, verdad?

Él ya no iba a ocultar quien era.

—Sí.

Ella retrocedió cuando intentó acercarse.

—¿Nunca tuviste la intención de salvarlo?

—No —respondió—. Tampoco soy médico, Amy.

—¿Eres... eres un asesino?

—Sicario, ese es el término correcto.

Los ojos de ella habían adoptado una expresión de terror. Veía esa mirada en cada uno de sus objetivos antes de terminar su trabajo.

—¿Matas por dinero?

—Sí.

Ella puso los brazos en jarra y respiró hondo.

—No te haré daño, Amy —dijo para tranquilizarla.

—Vale, te creo —murmuró—. ¿Me sirves un vaso con agua?

Él asintió con la cabeza. Giró los talones y cogió la jarra con agua. Soltó una maldición cuando oyó que la puerta se cerraba y le ponían llave. Ella lo había engañado.

—¡Abre la puerta, Amy! —exclamó.

—¡Niki! —Gritó ella—. Ven con mami, cariño. Debemos irnos.

Él tomó su arma y disparó en la cerradura. Salió de la habitación y fue tras ella.

—Suelta el teléfono, Amy.

Ella se sobresaltó cuando escuchó su voz.

—La policía viene en camino —le hizo saber.

—Tal vez no lo comprendas, pero en este instante, soy la única persona que puede ayudarte.

—¡Ja! ¡Eres un jodido asesino! ¿Cómo sé que no me mataras como a ese pobre anciano?

¿Pobre anciano? Él había sido uno de los traficantes de arma más grande.

—Porque si quisiera matarte, ya lo habría hecho —le dijo—. Pero Brutus sí lo hará cuando te encuentre.

Amy se llevó una mano a la frente. Profirió un sollozo de exasperación y pánico. Él se acercó y la sujetó de los hombros.

—Shh... tranquila —susurró—. No dejaré que él te haga daño.

Ella alzó la vista hacia él.

—¿Cuánta personas has matado? —le preguntó.

—Te daré algo fuerte para que te calmes.

Se dirigió a la licorera. Puso un puñado de cubitos de hielos en un vaso, sirvió tres dedos de whisky y añadió un poco de somnífero, luego hizo girar la bebida dentro del vaso para que se mezclara. Regresó con Amy y le dio la copa. Ella bebió la mitad del contenido de un solo trago. Él sonrió.

—De ahora en adelante, me las arreglaré sola —murmuró—. No iré contigo a ningún otro sitio. Me quedaré aquí y esperaré a que llegue la policía.

—De acuerdo...

—No les diré nada acerca de ti. Haré de cuenta que nunca te he visto, ¿vale?

Él se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Ese es tu plan?

—Sí.

—No me gusta.

Amy lo miró boquiabierta y lo señaló con un dedo.

—Prefiero ir presa antes de... —ella se tambaleó—. ¿El suelo acaba de moverse?

—No.

—Me siento un poco... mareada —abrió grande los ojos—. ¡Hijo de perra! —Gimió—. ¿Qué me has dado?

Él alcanzó a sujetarla entre sus brazos antes de que se cayera al piso, y se la cargó a los hombros. Soltó un bufido. Esa era una de las razones por las que a él le gustaba trabajar sin compañía. Amy Klarson era un grano en el culo. Una bola blanca y peluda se atravesó en su camino.

—También vendrás con nosotros, Niki.

O su dueña sería quien le haría el trabajo a Víctor.

12. ESO QUE TÚ HACES

DESPERTÓ en el asiento trasero de un coche. Se sentía fatal y mareada. Se refregó los ojos y miró hacia afuera por la ventanilla. Observó agua y buques de cargas. ¿Ella estaba en el puerto? Echó la cabeza hacia atrás y la hundió en el asiento. Exhaló una bocanada de aire. ¿Cómo había llegado allí? Lo último que recordaba era... abrió grande los ojos.

—¡Niki! —gritó.

Respiró aliviada cuando lo vio en la cajuela que estaba sobre el asiento delantero. Lo sacó y lo abrazó fuerte contra su pecho.

—Mami está aquí, cariño.

Niki ronroneó y se lamió la mano. El coche se movió cuando el portaequipaje se cerró. Greg le sonrió desde afuera. Se había quitado el traje y vestía unos pantalanes blancos y una camisa azul. Debió imaginarse que no se libraría de él tan fácilmente. Todavía tenía la mente aturdida. Frunció el ceño al darse cuenta que Greg le había echado algo a su bebida para dormirla y evitar que hablara con la policía. ¡Él la había secuestrado! «Piensa, Amy, piensa». Debía hallar el modo de huir.

Buscó su teléfono para llamar a Devon y pedirle ayuda. Marcó el número, pero se arrepintió de involucrarlo. Greg era un asesino y podía matar a su amigo. ¡Santo Dios! Había tenido sexo con él. Sacudió la cabeza. Ella había estado con John. John el doctor. No con Greg. Greg el asesino de ancianos. No podía quitarse de la mente la imagen de él asfixiando a aquel hombre. Sacudió los hombros cuando la puerta se abrió. Greg le arrojó unos guantes.

—Póntelos y sal del coche —le pidió—. Necesito tu ayuda.

Metió a Niki otra vez en su corralito. Se puso los guantes negros y salió del coche, furiosa.

—Me has traído aquí en contra de mi voluntad —le reprochó—. ¿Sabes? A eso se le llama SECUESTRO.

Él quitó la tapa a la caja de carga, la dejó en el suelo y luego se paró

delante de ella.

—Y deberías agradecermelo —le dijo—. Si no lo hubiera hecho, en este instante, tu abuelo estaría organizando el funeral de su única nieta.

Ella se quedó dura del espanto que él mencionara a su abuelo.

—¿Cómo sabes eso?

Greg le dedicó una sonrisa mordaz.

—Sé todo sobre ti, Amy —continuó—. Creciste en Carolina del Norte con tu abuelo, y tuvieron que irse de allí cuando un antiguo novio tuyo se obsesionó contigo. Hace tres años que no publicas una novela...

¿Cómo sabía lo de Steve? Él había sido su novio del instituto y enloqueció cuando terminaron. Pero nunca le había hablado a nadie sobre él.

—¡Detente! —le ordenó.

—Vendiste la casa en donde creciste para pagar el geriátrico en donde metiste a tu abuelo y has utilizado todo el dinero que ganaste de tu publicación, en una enfermera de tiempo completo para él —siguió diciendo—. Fue un lindo gesto de tu parte, Amy.

Se quedó boquiabierta. ¿Quién le había dado toda esa información? Lo señaló con un dedo y le lanzó una mirada amenazadora.

—No te atrevas a lastimar a mi abuelo, Greg.

Él la sujetó del codo con fuerza.

—Tú serás la que lo lastime si no cooperas, Amy —repuso—. ¿Quién le pagará a la enfermera si su nieta deja de existir?

Ella lo apartó de un empujón.

—¡Vete al demonio! —exclamó.

—Estoy ahí todo los días —replicó—. Si ya has terminado con tus quejas, ayúdame a meter esa bolsa en la caja.

Bajó la vista al suelo. El paquete era grande, estaba envuelto en una bolsa de residuo y asegurada con cinta adhesiva. Se apartó un mechón de pelo del rostro.

—¿Qué hay en la bolsa? —quiso saber.

—Mejor no preguntes y haz lo que te digo.

Ese era el mejor consejo que le había dado. Mientras menos supiera, en menos problemas se metería. Ella se agachó y sujetó uno de los extremos del paquete. Sea lo que fuese lo que había en la bolsa negra, olía espantoso. Además, pesaba una tonelada. Ella se tropezó con un pedazo de madera suelta que había en el puerto y soltó el paquete. La bolsa se abrió y de adentro salió un brazo con la mano llena de anillos de oro.

Greg dejó el cadáver en el suelo y le cubrió la boca con una mano para que no gritara.

—No armes un escándalo o nos meterás en problemas —dijo, mirando a los costados—. ¿Prometes que guardarás silencio si te suelto?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Es Mark, verdad?

—Sí.

—¿Tú lo has hecho?

—Sí —reconoció—. Acabemos con esto de una buena vez, Amy. Sujétale la cabeza y lo metamos dentro de la caja, y podremos largarnos de aquí.

Mark no era precisamente un modelo de hombre, pero que terminara en una caja llena de pescado, era un espanto. Greg no tenía límites. El estómago se le revolvió y tuvo una arcada.

—No te atrevas a vomitar o dejarás tu ADN —gruñó él.

Lo que menos pretendía era que le echaran la culpa de un crimen que no había cometido. Se tragó la bilis. Ayudó a Greg a levantarlo y ocultarlo entre los pescados, luego él tapó la caja. Y pronto Mark estaría navegando en un buque de carga.

La moza del restaurante que Greg la había llevado para desayunar, dejó la carta sobre la mesa. El hombre que tenía en frente era un monstruo. ¿Cómo podía comer cuando hacía solo una hora se había deshecho de un cadáver? Debía encontrar el modo de huir de él. Tomaría el dinero que le había quitado a Brutus y se iría con su abuelo a otra ciudad, tal vez otro país.

Greg cogió la carta y deslizó el dedo por el menú mientras leía.

—¿Qué vas a ordenar? —le preguntó.

Ella miró hacia afuera por la ventana y resopló.

—Pediré un café...

—¿Y qué más?

Apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia él.

—No tengo apetito —murmuró a través de los dientes apretados.

Greg esbozó una media sonrisa y llamó a la camarera. Le entregó el menú y le pidió que sirviera café, trajera huevos revueltos, tocino, panqué y jugo de naranja, todo para dos personas. Esperó a que la moza se fuera y le dijo:

—Haremos un viaje largo y necesito que comas.

Ella se reclinó en la silla y se cruzó de brazos.

—¿Puedo saber a dónde me llevas?

—Lo sabrás cuando lleguemos.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo... *eso que tú haces?* —hizo hincapié en las últimas palabras.

Él chequeó la pantalla de su teléfono y luego alzó la vista hacia ella.

—Lo suficiente para querer retirarme.

Sus ojos se achicaron.

—¿Dices que en tu profesión las personas también se jubilan? —preguntó, sarcástica.

Greg se rascó una mejilla y se humedeció el labio inferior con la lengua.

—Sí.

—¿Y qué harás cuando estés de paro?

—Todavía no lo sé.

La camarera los interrumpió y les dejó el desayuno en la mesa. La moza no era inmune al atractivo de Greg y coqueteó con él. Si supiera que era un asesino, ella se lo pensaría dos veces. Las risitas cómplices que se hacían entre ellos, la molestó.

—Te llamaremos si precisamos de otra cosa —le dijo con una sonrisa

en los labios.

La moza captó el mensaje y se retiró. Cogió un sobrecito de azúcar, lo abrió y lo metió en la taza, luego revolvió el líquido oscuro con la cuchara y bebió un sorbo.

—Pensé en meterme en un monasterio —comentó él.

Ella se atragantó con el café y tuvo un pronunciado ataque de tos.

—¿Bromeas, verdad? —farfulló, limpiándose la boca con la servilleta.

—¿Qué propones que haga, Amy?

Hizo una mueca.

—No sé... tal vez entregarte a la policía y pagar por los crímenes que cometiste.

Él cogió el tenedor y le dio un bocado a los huevos revueltos.

—Desde mi perspectiva, solo ha sido trabajo.

¡Joder! ¿Cómo podía ser tan sínico? Eso la enfureció.

—Menudo trabajo tienes...

—¿Crees que el mundo echa en falta a personas como Mark?

«No».

—¿Y tú te crees Dios para decidir quien vive y quién no? —replicó.

Él dejó el tenedor a un costado del plato y la miró a los ojos.

—¿Pensarías lo mismo si esa noche en el Club, no hubiera estado y te hubieras quedado a sola con Mark? Te aseguro que él no hubiera sido dulce contigo, cariño.

Ella no supo que responder. Sintió un escalofrío con el hecho de imaginar lo que hubiera ocurrido si Greg no hubiera estado esa noche. Pero en un mundo civilizado los asuntos no se arreglan como en el viejo oeste. Pero en un mundo civilizado no debía existir las violaciones o los abusos.

—Emily no se parece en nada a la mujer que has descrito en tu novela.

Sus cejas castañas se unieron.

—¿Cómo has dicho?

—He encontrado tu manuscrito entre tus cosas.

Parpadeó, incrédula.

—¿Has leído mi manuscrito?

—Los primeros capítulos —le confesó.

Sacudió la cabeza.

—No puedo creerlo... —murmuró, alejando el plato de tocino porque le revolvía el estómago—. ¿Quién te ha creído que eres para meterte en mi vida?

Él se reclinó en la silla y apoyó un brazo en el respaldo.

—¿Quieres que te dé mi opinión de lo que he leído?

Encogió sus hombros, despreocupada.

—Vale, que te ha parecido hasta el momento.

—El personaje de Emily merece ser más profundo. Estás desaprovechando su potencial. La has descrito como una prostituta ordinaria —continuó—. La Emily verdadera es como la mujer que me follé en el servicio de hombre de un Club de mala muerte.

Sus mejillas se sonrojaron.

—Su historia no suena real —agregó él.

Lo mismo le había dicho Devon.

—Todavía no he terminado de escribirla, —expresó— y le he hecho algunos cambios que en el manuscrito no está.

—Me gustaría leer esos cambios.

«Ni de coña». En los cambios que había hecho aparecía un nuevo personaje: John.

—Te dejaré leer cuando haya terminado de escribirla.

—Si quieres, puedo ayudarte con algunas de las escenas de la historia que suenan poco creíbles.

Entornó los párpados.

—No volverás a follarme, Greg —le aclaró.

Él echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—¿Eso es lo que quieres, verdad? Pero me refería a la escena en la que Emily intenta matar a su proxeneta.

—¿Y cómo me ayudarías?

—Enseñándote a usar un arma....

El teléfono de Greg empezó a sonar. Él cogió el aparato y se levantó de la mesa.

—Saldré un momento —le avisó—. No hagas nada estúpido, Amy —le advirtió.

Ella le sonrió.

—Te esperaré aquí, cariño —musitó con evidente sarcasmo.

Esperó a que él saliera del restaurante para hablar por teléfono y le pidió a la anciana que tenía en la mesa de al lado la birome. Ella cogió una servilleta de papel y escribió:

«Soy Amy Klarson y me tienen secuestrada. Mi raptor es un asesino y tengo mucho miedo. Viajo en un vehículo de alta gama y no sé a dónde me lleva».

También agregó su número de teléfono para que la ubicaran por el GPS. Devolvió la birome cuando Greg ingresó al restaurante otra vez. Puso la servilleta debajo del plato y rogó para que la camarera leyera el mensaje.

13. HUIR NO ES UNA OPCIÓN

DESPUÉS del llamado que Greg había recibido, se había mantenido en silencio. Él parecía estar molesto. Ella se inclinó hacia adelante y prendió la radio del coche. La estación estaba pasando una canción de Lana del Rey, «born to die». Nacemos para morir, pero crecemos para vivir. Cerró los ojos y empezó a tararear el tema. De repente, el coche quedó en silencio. Miró a Greg por encima del hombro.

—¿Por qué has apagado el radio? Me gustaba esa canción.

Él detuvo el vehículo. Sacó un cigarro del paquete y lo encendió, le dio una calada y exhaló una bocanada de humo.

—Necesitas ropa nueva.

«Eso era cierto». Greg cogió su tarjeta de la billetera y se la dio.

—El centro comercial está a unos metros —le informó—. Cómprate algo lindo, lo necesitarás a dónde vamos.

Ella enarcó una ceja.

—¿Y a dónde vamos?

—Limítate a obedecerme —murmuró con poca paciencia—. ¿Acaso eso no hacen las personas que son raptadas?

—¿Entonces reconoces que estoy secuestrada?

Él chasqueó la lengua.

—Dímelo tú, Amy...

Puso los ojos en blanco e intentó salir del coche, pero él la sujetó del brazo y la retuvo.

—No hagas algo estúpido como ir con la policía —le advirtió—. Si lo haces, no me quedará otra cosa que matarte. ¿Lo entiendes?

Ella asintió con la cabeza.

—Tampoco hables con nadie —siguió—. Y también va incluido dejar mensajes por escrito —le enseñó la servilleta de papel que ella le había

dejado a la moza del restaurante—. Si haces algo como esto otra vez, te mataré...

Al gilipollas no se le pasaba absolutamente nada. Por un instante, había tenido la esperanza que la iban a rescatar y su vida regresaría a la normalidad. Sintió deseo de gritar, llena de frustración.

—Y si intentas huir...

—No me digas nada —lo interrumpió—. ¿Vas a matarme, verdad?

—No, voy a encontrarte —repuso, haciendo énfasis en la última palabra.

Le dedicó una sonrisa mordaz como respuesta. Salió del vehículo y cerró la puerta con fuerzas. Ella se dirigió al centro comercial. Observó a los guardias y quiso pedirles que la ayudaran, pero recordó que Greg sabía todo de su vida, y eso incluía a su abuelo. Sintió miedo que él lo lastimara. Respiró hondo y siguió caminando. Cada segundo le parecía una eternidad. Todas las personas a su alrededor se veían tan felices, como si nadie tuviese ningún problema. Sacudió la cabeza. Debía concentrarse a lo que había ido. Mientras más rápido terminara todo, más rápido acabaría su pesadilla.

Subió a la segunda planta por las escaleras mecánica. Miró la vidriera de algunas tiendas, pero los ojos se le iluminaron cuando encontró una librería. No dudó un momento en entrar. La ropa podía esperar. El olor a libro nuevo la relajó. Hizo lo que hacía siempre cuando ingresaba a una. Se dirigió a la sección de suspenso y buscaba si encontraba su primera novela. Sonrió cuando la halló en el rincón más oscuro de la librería. La agregó al canasto de compras.

—Si intentas escapar de Greg, tu novela no te será de gran ayuda —le dijo la pelirroja, que acababa de poner el libro en su lugar.

—Desaparece de mi vista, Emily —musitó.

Emily la siguió por detrás.

—Greg no te prohibió que buscaras ayuda en los libros.

Giró los talones hacia ella.

—¿A qué te refieres?

Emily le señaló la sección de autoayuda con el dedo.

—Tal vez allí encuentres una respuesta.

Una mujer se apartó de ella cuando la vio hablando sola. «Sí, estaba loca», quiso decirle. Hizo caso a Emily y se fijó si encontraba algo interesante. Empezó a meter en el carrito los libros que podían ser de gran ayuda: «Como librarse de un sicópata» «No permitas que nadie te diga que hacer» «Aprende defensa personal en solo tres pasos».

—Cuando le dijiste a Greg que no lo dejarías que te volviera a tocar, ¿lo decías en serio? —le preguntó Emily, mientras se daba unos retoques con el labial rojo.

Ella regresó el libro que tenía en la mano al estante.

—Greg es un asesino —le recordó.

—Pero es guapo...

—Y eso no lo hace mejor persona.

—Un asesino que está de retirada, ¿cuándo deje su profesión, le darás una oportunidad?

Ella le lanzó una mirada ceñuda.

Emily sacó un libro de la sección de erotismo y se lo dejó en el canasto.

—Por las dudas que cambies de opinión.

Puso los ojos en blanco cuando leyó el título: «Lo que a un hombre realmente le gusta en la cama». Se dirigió al mostrador para pagar y luego salió de la librería. Apretó la bolsa de los libros contra el pecho. Una pequeña felicidad después de varios días de horror. Bien, ahora debía comprarse algo de ropa. Unos pantalones y un par de blusas le serían suficientes. Por lo general, ella invertía más dinero en libros que en ropa.

Miró un par de tiendas y no hubo nada que la convenciera. Se detuvo en la vidriera de la zapatería. Miró hacia atrás por encima del hombro cuando creyó que la estaban observando. Ella siguió avanzando y se paró en otra boutique. Las piernas le temblaron al ver el reflejo de Brutus en el vidrio. Hizo de cuenta que no lo había visto y empezó a apurar el paso. «¡Diablos!» ¿Cómo la había encontrado?

Debía llamar a Greg. Pero recordó que no tenía su número. Maldita sea. «Tranquila, tú puedes librarte de un asesino», se dijo a sí misma. Necesitaba buscar una distracción. Ingresó a una tienda de artículos para el

hogar. Sacó de la bolsa unos de los libros: «Aprende defensa personal en solo tres pasos». Lo abrió y leyó el índice para ir directo a la página que le servía. «Cualquier objeto puede ser un arma», advertía el autor. Miró a los costados y cogió la olla que tenía más a mano, pero luego la cambió por la sartén. Leyó otras líneas del libro: «No dude en usar el arma si cree que va a ser atacada».

—¿Busca algo en particular? —le preguntó el vendedor de la tienda.

Ella se aclaró la garganta y sonrió.

—Nada en especial —repuso—. ¿Los cuchillos en qué sección se encuentran?

—Al fondo a la derecha.

—Gracias.

Al fondo a la derecha ni una mierda. Ella tenía una teoría, los vendedores siempre indicaban mal a sus clientes porque era el único modo que ellos tenían para tomarle el pelo. Alejó las cortinas hechas con mostacillas del rostro y la sostuvo para que dejara de hacer ruido. Le pareció ver a alguien en el pasillo. «Brutus», pensó. Sujetó el sartén del mango y se escondió detrás de la cortina. «Ataca primero y toma a tu agresor por sorpresa. Nunca le enseñes tu miedo», era otro consejo del autor del libro.

Esperó paciente a Brutus. No pudo ver el rostro del hombre que caminaba en el corredor, pero estaba segura que era él. Ella salió de su escondite y lo golpeó en la cabeza con el sartén, y lo siguió golpeando enceguecida.

—¡Detente, Amy!

Ella reaccionó y dio un paso atrás. Él no era Brutus, era Greg.

Greg se acarició la cabeza y le quitó la sartén de la mano.

—Me has dado una buena paliza con esta porquería —se quejó.

—Lo siento... creí que era Brutus —dijo—. Él está en el centro comercial —le avisó.

—Lo sé, también lo he visto —repuso—. Debemos irnos, Amy.

Por primera vez, ella estuvo de acuerdo con él. Greg le rodeó la cintura con un brazo y la guió hacia la salida.

Arrojó sus bolsas de compras en el asiento trasero del coche cuando se subió. Greg encendió el motor y la miró ceñuda.

—¿Has comprado libros? —le preguntó cuándo la bolsa se volteó y los libros cayeron al suelo.

Ella le sonrió como si la hubiera pescado en una travesura.

—No tuve tiempo para comprarme ropa.

—Pero tuviste tiempo para comprar libros —replicó molesto—. A una mujer normal si se le da una tarjeta para que compre lo que quiera, hubiera llenado este coche con ropa, zapatos y todo lo que ustedes usan para verse bien.

Hizo una mueca con los labios.

—Tal vez no sea una mujer normal...

Greg soltó un bufido.

—Sí, ya lo creo —él extendió un brazo hacia atrás y cogió uno de los libros, y leyó el título—: ¿Cómo librarse de un sicópata? ¿Enserio lees esto?

Tragó saliva. Le quitó el libro de la mano y lo metió en la bolsa.

—Es información para la novela que estoy escribiendo.

Greg sacudió la cabeza y hundió el pie en el acelerador.

—¡Diablos, Amy! —Gruñó, golpeando el volante—. Lo único que debías hacer era comprarte ropa.

—Lo dices como si anduviera desnuda.

Él le echó una mirada rápida.

—No me sirves como vas vestida —dijo—. Necesito que parezcas una mujer con clase.

Ella parpadeó. ¿Mujer con clase? No podía creer lo que sus oídos acababan de oír.

—Lamento no ser la mujer que buscabas —murmuró irónica—. ¿Sabes? Puedes detener el coche y dejarme ir.

Se reclinó en el asiento y resopló.

—Gilipollas —susurró.

Greg hizo una maniobra brusca y detuvo el coche a un costado de la carretera. Se desabrochó el cinturón y se volteó hacia ella.

—Creo que todavía no te has dado cuenta en la situación que te encuentras, Amy —expresó—. Puedes irte cuando quieras —continuó—. Te quedas conmigo hasta el final y me ayudas, o te vas por tu cuenta y te las arreglas sola con Brutus. Pero ten la certeza que él va a encontrarte y te matará —enarcó una ceja y añadió—: ¿Qué eliges?

Recordó a la mujer muerta que encontró en el closet de la habitación de Brutus. Hacía pocos minutos, él había estado a un paso de atraparla. Supuso si Greg todavía no la había matado, tal vez no lo haría. Prefirió malo conocido, que malo por conocer.

—Me quedaré contigo —aceptó a regañadientes.

—Bien, entonces has las cosas como te las pido, ¿vale?

Revoleó los ojos y ladeó la cara hacia la ventanilla.

—Sí, vale... —murmuró.

Él volvió el coche a la carretera y se puso sus gafas de aviador.

Hubo un silencio largo entre los dos.

—Dijiste que si me quedaba contigo debía ayudarte, ¿cómo una mujer como yo puede ayudar a un asesino a sueldo?

—Lo sabrás en su momento.

—¿A dónde vamos?

—Lo sabrás cuando lleguemos.

Ella resopló.

—¿Acaso hay algo que pueda saber ahora?

—Te compré un obsequio —dijo—. Lo metí en la guantera.

—¿Un obsequio? ¿Para mí? —preguntó sorprendida.

Por un instante creyó que él había sonreído, pero seguía teniendo la misma cara de una persona cuando come limón.

—Sí, sácalo...

Ella se inclinó y abrió la guantera, sacó una caja alargada con moño de

regalo. Se sentía emocionada, amaba las sorpresas. Quitó las cintas y destapó la caja. El rostro se le transfiguró cuando vio su regalo. Ladeó la cabeza hacia él de golpe.

—¿Un revólver? ¿Es este tu regalo? ¡Joder! ¡No te ayudaré a matar a nadie!

—Soy un profesional y nunca metería a una novata para hacer mi trabajo —musitó él—. La compré porque te dije que iba a ayudarte con tu novela.

—¿Me ayudarás a escribir a punta de pistola? —gruñó.

Él se quitó las gafas y la miró con los ojos entornados.

—No, te enseñaré a usar una.

—¿Cómo sabes que no sé usar una? —Lo apuntó con el arma—. Ahora mismo podría dispararte.

—Por el modo como describiste la escena cuando Emily usa el arma, supe que nunca agarraste una —respondió el gilipollas—. Además, sabrías que el revólver que tienes en tu mano está descargado.

Apretó los labios y guardó el arma otra vez en la caja.

—No necesito tu ayuda para escribir, para eso tengo a mi agente.

Sacudió los hombros cuando observó a Emily en el asiento trasero por el espejo retrovisor.

—Deberías dejar que él te enseñe, Amy —le aconsejó su personaje—. Haces que parezca una inexperta cuando disparo.

—¡No te metas en mis asuntos! —chilló ella.

—Bien, me has dejado en claro que no quieres mi ayuda —murmuró Greg.

Ella se aclaró la garganta.

—Vale, que me enseñes a usar un arma no me vendrá nada mal.

Greg chasqueó la lengua.

—Creo que me arrepentiré de haberte ofrecido mi ayuda —dijo con una sonrisa en los labios.

—¿Cómo haces para no tirártelo? —Preguntó Emily—. Es insoportablemente sexy —añadió, haciendo un gesto obsceno con dos dedos

y la lengua.

Soltó un bufido y se volteó hacia el asiento trasero.

—Desaparece o le daré un cambio brusco a mi historia, y haré que mueras en el tercer capítulo —susurró.

—¿Te encuentras bien, Amy? —quiso saber Greg.

—¡Oh, sí! —gimió.

Levantó de la alfombra uno de los libros que había comprado y disimuló que se había volteado a buscarlo.

—Le hablaba a Niki —se excusó.

—¿Vas a leer?

—Sí —respondió, sujetando el libro entre sus manos.

—¿Lo que a un hombre realmente le gusta en la cama? —Leyó el título en voz alta—. ¿También es información para tu novela?

Las manzanitas de sus mejillas se tiñeron de colorado. Se aseguró de que Emily hubiera desaparecido por el espejo retrovisor. Ella se había ido. En buen problema la había metido.

—Sí, mi personaje es una prostituta, ¿recuerdas?

Greg le lanzó una mirada rápida.

—Lo recuerdo —repuso—. Si necesitas ayuda con ese tema, puedo volver a ayudarte —carraspeó—. Ya sabes, la primera vez no estuvo tan mal.

Ella se hundió en el asiento y se cubrió el rostro con las dos manos. Quería desaparecer.

—Emily nunca repite a sus clientes —le dejó en claro.

—Mmm... a eso ya lo veremos.

14. TIRO AL BLANCO

CERRÓ un ojo y miró el objetivo a través de la mirilla del arma y apuntó. Greg se había detenido en un descampado y había puesto una hilera de latas de refrescos a unos metros de ellos para practicar tiro al blanco. Él se paró a sus espaldas, la rodeó con sus brazo y puso sus manos sobre las suyas, indicándole como debía usar el revólver. La barba de él le hizo cosquilla cuando le rozó la mejilla.

—No pongas el dedo en el gatillo hasta que hayas asegurado el objetivo —le susurró al oído.

Ella asintió con la cabeza.

—Ya lo tengo en la mira...

—Bien, ahora dispara.

Apretó el gatillo y la bala no volteó a ninguna lata.

—Por ser tu primera vez, no ha estado tal mal —la animó él.

Ella resopló y lo miró de reojo.

—¿Lo dices en serio?

—No, eres pésima —se mofó—. Tu puntería es fatal. Errarías el tiro hasta teniendo el blanco a medio metro.

Le entregó el arma y se apartó. Tenerlo tan cerca la ponía nerviosa. ¿Cómo pretendía que le diera al blanco, si él le respiraba en la nuca?

—Me rindo —dijo—. Las armas no son lo mío. Dame un bolígrafo y te haré trisas.

Greg se puso de costado, sujetó el revólver con una sola mano y apuntó a las latas.

—Lo que necesitas —musitó, observándola a los ojos— es tener más confianza en ti misma —terminó diciendo, haciendo volar las latas por el aire.

Él había volteado todas las latas sin mirar el objetivo. Si había querido

sorprenderla con su habilidad, lo había conseguido. Ladeó la cabeza y se cruzó de brazos.

—¿Hablabas en serio cuando dijiste que planeabas retirarte?

Greg se metió el revólver en la cintura del pantalón.

—Sí.

¡Vaya! Greg era todo un misterio y su vida le parecía más que interesante.

—¿Y qué harás luego?

—Todavía no lo sé —respondió—. Tal vez me compre un barco y viva de la pesca.

Ella se aclaró la garganta.

—Si quieres... puedo ayudarte a que lleves una vida normal.

Él levantó una ceja para que continuara.

—Tú me ayudas con mi novela, y yo te ayudo a ti —le explicó—. ¿Somos un equipo, verdad? —Continuó—. Puedes empezar diciendo en qué cosa eres bueno.

Greg puso los brazos en jarra y se humedeció el labio inferior con la lengua.

—¿Asesinando?

Ella miró al cielo y resopló.

—¿Tienes algún otro talento además de asesinar?

—Creo que la pesca sigue siendo una buena opción —dijo—. Trabajo solo y soy malo relacionándome con las personas.

—¿Sabes? Tenemos algo en común, nuestro trabajo nos obliga a llevar una vida solitaria.

Él hizo una mueca.

—Quien diría que dos mundos opuesto tuvieran alguna conexión.

Sacó el teléfono del bolsillo trasero del pantalón y se fijó la hora en la pantalla. Observó que tenía un mensaje de voz. Apretó el botón para oírlo: «Hola, Amy, soy Nina». Era la enfermera de su abuelo, ¿acaso le había sucedido algo malo? «Cuando escuches este mensaje, quiero que me llames

de inmediato. En frente mío tengo a unos hombres que me están pidiendo que le arme la valija al señor Patrick porque lo llevarán de viaje. Ellos vienen en tu nombre, ¿es cierto eso Amy? Porque no puedo sacar a tu abuelo sin tu autorización».

Sintió una punzada en la boca del estómago. ¡Oh, por Dios! Su abuelo estaba en peligro.

—¡Greg! —gritó.

Él sacó la conservadora con los refresco del portaequipaje del coche.

—¿Qué ocurre, Amy?

Tenía la garganta seca y le costaba hablar.

—Mi abuelo... mi abuelo, Greg —balbuceó—. Creo que él está en problemas —respiró hondo y siguió—: La enfermera me ha dejado un mensaje avisándome que unos hombres se aparecieron por el geriátrico para llevárselo con ellos.

—Tranquila, Amy, nadie lastimará a tu abuelo.

—¡¿Tranquila?! —Rugió—. ¿Cómo puedo estar tranquila sabiendo que mi abuelo está en peligro? Lo estaré cuando esté segura que él se encuentra bien.

Marcó el número de Nina.

—¿Qué haces? —preguntó Greg.

—Hablaré con Nina para impedir que saquen a mi abuelo del geriátrico.

Greg le sacó el aparato de la mano.

—Cálmate, Amy —le pidió, entregándole su bebida—. Toma un poco de refresco —dijo—. Que yo me ocuparé del asunto, ¿vale?

Ella asintió con la cabeza. Estaba aterrada de perder a la única persona que tenía en el mundo. Bebió un sorbo largo del energizante. Greg se apartó para hablar por teléfono. Ella retrocedió y apoyó una mano en el capo del vehículo cuando creyó que todo su alrededor empezaba a moverse.

—Creo que no me estoy sintiendo muy bien, Greg... —masculló.

Él se volteó hacia ella y se le quedó mirando. De repente, lo empezó a ver borroso.

—Tranquila, Amy, estarás bien —alcanzó a escuchar antes que todo se volviera oscuro.

Qué bien se sentía dormir en una cama tan cómoda. Sobre todo cuando tenía una terrible jaqueca. Se desperezó contra el suave colchón. Abrió los ojos y no supo dónde diablos se encontraba. Parecía la suite de un hotel. De hecho, de un elegante hotel. Ella vestía un bonito camisón rosa de raso. ¿En qué momento se lo había puesto? Echó hacia atrás las mantas y sacó las piernas de la cama. Lo último que recordaba, era a Greg enseñándole a disparar. Odiaba cuando despertaba desorientada.

Cogió la bata blanca del hotel y se la puso. Abrió las puertas corredizas de la habitación que daban a la sala de estar. La claridad que ingresaba por la ventana la encegueció. Tardó unos segundos para adaptarse a la luz. Halló a Greg leyendo el periódico, a la vez que fumaba un habano. Llevaba puesto la bata del hotel y lucía precioso esa mañana. Él le había vuelto poner somníferos a su bebida.

—¡Gilipollas! ¡Lo has vuelto a hacer! —Chilló—. ¿Dónde estamos, Greg? —quiso saber.

Él dobló el periódico y lo dejó sobre la mesa. Se cruzó de piernas y le dedicó una amplia sonrisa.

—Bienvenida a las Vegas, cariño —le dijo—. ¿Cómo has dormido?

Sacudió la cabeza.

—¿Las Vegas? —Repitió—. ¿Bromeas, verdad?

Él chasqueó la lengua.

—No.

Ella se acercó a la ventana, corrió las cortinas y miró hacia afuera. Tenía vista a una preciosa piscina, rodeada con palmeras y a lo lejos, se veían majestuosos carteles. ¡Joder! Ella estaba en las Vegas. Greg se levantó de la silla cuando golpearon la puerta y le pidió que se mantuviera alejada. Él desenfundó su revólver. Resopló. ¿Era necesario que hiciera eso?

—¿Quién es? —preguntó.

—Servicio a la habitación —respondieron del otro lado—. Les traigo

el desayuno.

Greg observó hacia el pasillo por la mirilla de la puerta, le abrió luego de asegurarse que era cierto. El camarero ingresó con el carrito y les dejó el desayuno en la mesa. Las tripas le sonaron con solo oler el café. Ni siquiera recordaba cuando había sido la última vez que había probado un bocado.

—Señor y señora Blake, que disfruten del desayuno —les dijo el hombre con uniforme.

Frunció el ceño. ¿Señor y señora Blake? ¿Acaso ella había oído bien? Greg se lo agradeció y le dio una propina antes que se retirara de la habitación. Esperó a que el camarero se marchara y dijo:

—¿Por qué él nos ha llamado señor y señora Blake?

—Porque estamos en nuestra luna de miel, cariño.

—¡Ja! Muy gracioso, por lo menos debería llevar un...

Se quedó muda cuando observó su mano izquierda. Ella tenía un anillo con un enorme diamante en el dedo anular.

—¿Qué diablos?! —exclamó.

Greg se sentó en la mesa y sirvió café en dos tazas.

—Te explicaré todo mientras desayunamos.

—¿Entonces dices que soy la esposa de John Blake?

Él untó mermelada en la tostada y le dio un mordisco.

—Sí, y tú eres Emily Blake —afirmó.

Exhaló una bocanada de aire y se reclinó en la silla.

—¿Por qué debemos utilizar identidades falsas?

—Porque es necesario, Amy.

—Si quieres que te ayude, dime toda la verdad de una buena vez, Greg —murmuró—. Ya me he cansado de tanto misterio.

Él la estudio con la mirada por un momento y asintió con la cabeza.

—Vale, te lo diré todo —aceptó—. ¿Recuerdas a Víctor?

—¿Es el hombre que quiere matarte?

—Sí, el mismo —afirmó—. Víctor se encuentra en las Vegas a punto de cerrar un trato con unos traficantes de armas.

Ella bebió un sorbo de café.

—¿Planeas evitar que haga ese trato?

—Planeo salvar mi pellejo —replicó—. Sus negocios me importan un bledo.

—Genial, ahora podré dormir tranquila al saber que un loco tiene en su poder armas que atenta con la seguridad de este país.

—Y como él, hay miles, Amy.

«Eso era cierto».

—¿Y cómo entro yo en tus planes? —quiso saber.

—Como todo ruso, Víctor tiene una debilidad: las mujeres —le contó—. Mujeres casadas que no pueden atarlo.

A ella no le gustaba nada lo que él le intentaba decir. Apartó la vista hacia la ventana por un instante y luego volvió a mirarlo.

—¿Pretendes que seduzca a un maniático?

—Sí.

—¡Oh, no! —Se negó, levantando un dedo—. Tendrás que buscar a otra persona, porque no dormiré con el ruso. Estás equivocado si piensas que porque follé contigo, lo puedo hacer con cualquiera.

Greg ladeó la cabeza y entornó los párpados.

—¿Quién ha dicho que tendrás que follártelo?

—¿Y qué quieres que haga?

—Tendrás que quitarle su teléfono.

—Sí, vale, ¿crees que me lo dará si se lo pido?

—No, por eso tendrás que seducirlo.

¡Todo sonaba a una locura! Nunca imaginó que se vería envuelta entre traficantes, asesinos y armas. ¡Dios santo! Ella estaba en las Vegas. La ciudad del pecado.

—¿Por qué quieres su teléfono? —le cuestionó.

—Porque necesito saber en qué sitio Víctor hará el trato con los traficantes.

Resopló y acabó el jugo de naranja de un solo trago. Necesitaba que su abuelo le diera un abrazo fuerte. De repente, se le vino a la mente ella tratando de hablar con la enfermera de su abuelo. Abrió grande los ojos. Se abalanzó sobre él y arrojó al suelo todo lo que había sobre la mesa, y lo sujetó de la bata.

—¡Gilipollas! —Rugió—. ¿Qué has hecho con mi abuelo?

Greg la atrapó entre sus brazos e hizo que ella se quedara sentada sobre su regazo, inmovilizada.

—Tu abuelo está bien, Amy.

Ella intentó zafarse, pero su fuerza era superior a la suya.

—Debo hablar con él, ¿por cuánto tiempo estuve dormida?

—Dos días...

—¡¿Dos días?! —Repitió furiosa—. ¡Él puede estar en peligro!

—No lo está.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque él también está en las Vegas.

Echó el rostro hacia atrás, ceñuda.

—¿Bromeas?

—No, él está en la habitación doscientos seis —le dijo—. Lo traje por su seguridad, si yo supe de su existencia, Brutus también lo sabría.

«Buen punto». Bajó el mentón y lo miró a los ojos.

—¿Dices que si quiero, ahora mismo lo puedo ver?

—Sí.

Greg la soltó, pero ella se sentía cómoda estar sentada sobre su regazo. Se preguntó si traía algo debajo de su bata. Sacudió la cabeza. «Él era el enemigo», se recordó.

—¿Dónde está Niki?

—El hotel tiene una guardería de animales —repuso, ahuecando una mano en su mejilla—. ¿Alguna otra pregunta?

Empezó a sentir un cosquilleo entre sus piernas. Se aclaró la garganta.

—Me pregunto si... si el hotel tiene casino.

—Cariño, estamos en las Vegas.

—Y eso me recuerda que me has traído en contra de mi voluntad. Si me vuelves a dormir, te juro que...

Greg la silenció con un acalorado beso que la dejó sin aliento. La sujetó de las nalgas y la apoyó sobre la mesa, mientras su lengua se movía dentro de su boca lento e insistente. Su paladar sabía a café. Acarició sus brazos, sus hombros, su cuello, para finalmente enredar las manos en su grueso pelo. A ella se le escapó un gruñido cuando él se apartó.

—Si no me detengo ahora, no podré parar —gruñó él.

—Entonces no pares... —repuso, con expresión de fastidio.

Él enarcó una ceja.

—Dijiste que no repetías clientes —le recordó.

Ella agitó una mano en el aire.

—Esa es Emily, yo soy Amy.

Greg esbozó su encantadora sonrisa. Cosa que no lo hacía muy a menudo. Él se fijó la hora en el reloj de su muñeca y resopló.

—Me gustaría seguir Amy, pero debo ver a alguien en quince minutos —se excusó—. Tienes ropa nueva en el armario, por si quieres cambiarte —le hizo saber—. Y no te metas en problemas mientras no esté, ¿vale?

Revoleó los ojos.

—Cómo si lo hiciera...

Él se quitó la bata y dejó al descubierto su torso bien marcado. Cogió la camisa blanca que estaba colgada en el respaldo de la silla y se la puso.

—¿Debo responder ese comentario? —farfulló, abotonándose los puños.

15. EL CORONEL

ENCONTRÓ a su abuelo y a Nina, su enfermera, tomando sol a un costado de la piscina. Se llevó una mano al pecho y respiró aliviada al verlo tan relajado. Él parecía ajeno a lo que estaba sucediendo a su alrededor. Y se alegró que así fuera. Ella se sentó en la reposera que estaba al lado de su abuelo.

—¿Coronel Klarson? —dijo.

Él se quitó las gafas oscuras y la miró.

—¿Sí?

—¿Usted estuvo en la guerra de Vietnam, verdad?

—Sí, hace unos días que he regresado —respondió.

—Es un honor conocerlo en persona, ¿podría darle un fuerte abrazo? —le preguntó con la voz estrangulada.

—Tienes una admiradora, Patrick —comentó Nina.

Él asintió con la cabeza y se inclinó hacia ella y la abrazó. No pudo contener las lágrimas. Extrañaba al hombre que siempre tenía las palabras correctas en el momento adecuado. Le rodeó el cuello con los brazos y apoyó la cabeza contra su hombro. Su abuelo le enjuagó una lágrima con el pulgar.

—¿Se encuentra bien, señorita?

Ella se apartó y le sonrió.

—Sí, ahora estoy mucho mejor.

Su abuelo dio un sorbo a su batido y volvió a tumbarse en la reposera.

—Me alegra verte bien, Amy —le dijo Nina—. Tu novio tuvo una buena idea en traernos a las Vegas, el cambio de aire le ha hecho bien a tu abuelo. John es un encanto.

¿Su novio? ¿De qué cosa se había perdido?

—Sí, John es un encanto —repitió—. Está lleno de sorpresas.

Nina se sujetó las mejillas con las dos manos y abrió grande los ojos.

—¡Oh, por Dios! —Chilló—. Enséñame el anillo, Amy.

Ella esbozó una sonrisa incomoda y extendió el brazo.

—Uauu... debió salirle una fortuna —murmuró—. Se nota que él te quiere. No sabes lo preocupado que se veía estos días mientras tú te recuperabas de tus hemorroides.

¿Acaso ella había oído bien?

—¿Hemorroides?

—No tienes por qué avergonzarte, Amy —replicó—. También las he tenido, y duelen tanto que maldices hasta tu madre. Solo evita lo picante hasta la boda —le aconsejó—. ¿Ya tienes el vestido?

¿Por qué tuvo la sensación de que debía seguir el hilo de la conversación?

—Todavía sigo en eso...

—Deberías apurarte, Amy, te casas el sábado.

¿El sábado? Maldijo por lo bajo. Greg se había olvidado de contarle ese pequeño detalle. Levantó la mano y llamó al mozo para que le trajera un batido de fresa. Se aclaró la garganta y sonrió.

—Será algo sencillo, no te preocupes.

—¡Me encantan las bodas! —Exclamó Nina, emocionada—. Sabes que puedes contar conmigo para los preparativos.

—Gracias, Nina.

El camarero las interrumpió y le entregó el batido.

—No me gusta la idea que te cases con Steve, Amy —dijo su abuelo.

Ella se ahogó con el batido. Steve era su antiguo novio. Su abuelo nunca lo había querido. ¡Y qué razón tenía de no hacerlo! Steve era un capullo. Él se había obsesionado con ella después de que cortaron, a tal punto que tuvo que irse a vivir a otro estado. La mente de su abuelo había viajado más al presente. Por lo menos ahora la reconocía.

—No me casaré con él abuelo —le avisó.

—¿Ah, no? Pero si él está en el hotel —murmuró—. Hasta lo felicité por la boda.

Ella sonrió. Su abuelo estaba divagando. Miró a Nina para que lo

contradijera.

—Patrick confundió al que nos llevó las maletas a la habitación con un tal Steve —le contó en voz baja—. Pero ya sabes, él no tiene un verdadero registro de las personas.

Debía ser así, Steve no podía estar en las Vegas y muchos menos, trabajando en el mismo hotel que ella se estaba alojando. Su abuelo la reconoció como su nieta por unos minutos más y hablaron de los momentos lindos del pasado, luego volvió a ser una extraña para él. Mientras Nina llevaba a Patrick para que tomara una siesta, ella aprovechó la piscina y se dio un chapuzón. Relajarse un poco después de varios días caóticos, no le venía nada mal.

Llamó el ascensor para regresar a su habitación. Un grupo de amigos se pararon a un lado de ella. Uno de ellos se estaba por casar y esa noche le harían la despedida de soltero. Él no parecía estar muy animado.

—¡Hey maletero! —Gritó uno de ellos—. La valija roja también es nuestra.

Ella palideció cuando vio al maletero. ¿Steve? ¡Oh, por Dios! Su abuelo no se había equivocado. Intentó ocultarse en el grupo. Pero Steve venía hacia ellos. Las puertas del elevador se abrieron.

—¿Subes con nosotros? —le preguntaron.

Negó con la cabeza cuando Steve ingresó al ascensor con el carrito con las maletas. Ella dio un paso atrás y se quedó dura como una estatua. Steve abrió grande los ojos cuando la vio antes que las puertas del elevador se cerraran. Buen Dios, que su ex trabajara donde se estaba alojando no era nada bueno. Greg debía saberlo. Steve podía arruinar lo que él tramaba para acabar con Víctor. Se preguntó si él había regresado al hotel.

Miró hacia el espacioso y lujoso vestíbulo, había un mostrador y una recepcionista sentada tras él. Se acercó de una zancada.

—¿El señor Blake ha regresado a la habitación? —Quiso saber—. Es la doscientos doce —le informó.

La recepcionista alzó la vista hacia ella.

—¿Quién es usted?

—Amy... —carraspeó—. Emily Blake, su esposa.

La recepcionista parecía decepcionada. Ella tampoco había sido inmune a los encantos de John Blake.

—Sí, el señor Blake regresó hace unos minutos.

Ella tamborileó los dedos en el mostrador y le sonrió.

—Gracias —leyó el nombre que tenía en el uniforme y añadió—: ¿Puedo hacerle otra pregunta, Sarah?

—A sus órdenes, señora Blake.

—¿Hace tiempo que el maletero trabaja en el hotel?

—¿Cuál de todos?

—Steve —respondió.

La recepcionista hizo memoria.

—Hará cosa de un mes ¿acaso él le ha perdido una maleta?

Si decía que sí, tal vez él perdía el empleo. Podría amenazarlo con eso si Steve se le acercaba. El empleado nuevo siempre las tenía de perder.

—¡Oh, no! —Gimió—. Fue simple curiosidad.

Dicho eso, se retiró y se dirigió a la habitación. Pasó la tarjeta para abrir la puerta e ingresó. Greg no estaba en la sala. Pero podía sentir su perfume. Ella se dirigió al dormitorio. Él salía de bañarse con el torso desnudo y la cintura envuelta con una toalla. Se quedó boquiabierta. No lo había visto así, ni siquiera el día que tuvieron sexo en el Club. Bajó la vista y se mordisqueó el labio inferior. No le gustaba tener la guardia baja y buscó algo para enfadarse con Greg. Y eso fue fácil.

—¿Le dijiste a la enfermera de mi abuelo que tenía hemorroides y que por eso no salía de la habitación?

Una esquina de la boca de él se inclinó convirtiéndose en una perezosa sonrisa, y se pasó una mano por el pelo para sacudirlo.

—Sí —admitió.

—¿Por qué? —Gruñó—. ¿Acaso no pudiste inventarte un resfriado?

—Las hemorroides son ese tipo de cosas que nadie quiere hablar y en

este caso, mientras menos preguntas había, era mejor —contestó.

Greg se quitó la toalla de la cintura y ella se volteó hacia la pared.

—Podrías cubrirte —le pidió.

—Oh, lo siento, creí que después de... habría cierta intimidad.

Sabía que su actitud era muy infantil, pero le daba pudor verlo desnudo. Se aclaró la garganta:

—¿También le dijiste que nos casaríamos el sábado?

—Debía encontrar el modo de que vinieran a las Vegas y nadie se niega a asistir a una boda —repuso—. Ya puedes voltearte, Amy.

Ella giró los talones. Él se había puesto la bata del hotel.

—Debes prepararte para esta noche —le avisó.

—¿Esta noche?

—Víctor ya está en el hotel y esta noche asistirá al casino —le contó—. No podemos desaprovechar esta oportunidad.

No imaginó que sería tan rápido. Respiró hondo. Seducir a un terrorista no parecía ser nada sencillo. Greg se le acercó y le sujetó el rostro entre las manos.

—Pero si no quieres hacerlo, lo entenderé Amy —murmuró, mirándola a los ojos.

Bien, ella no quería y tampoco podía hacerlo.

—No lo haré, Greg.

Él cerró los ojos y asintió con la cabeza.

—Está bien, Amy, no voy a obligarte.

—Amy no puede hacerlo, pero Emily sí —le explicó.

Greg frunció el ceño, confundido.

—¿Cómo dices?

Ella buscó su maleta y sacó la peluca colorada que había guardado.

—En los zapatos de Emily no me da miedo hacer nada —dijo, arrojando la peluca sobre la cama.

Greg puso los brazos en jarra, bajó la mirada y sonrió.

—Entonces debo explicarle a Emily lo que debe hacer esta noche.

16. CASINO, RULETA Y CÓCTEL

PEINÓ la peluca antes de ponérsela. Se dio el último retoque en los labios y se miró en el espejo. Lucía como una mujer fatal con su vestido pegado al cuerpo color piel y piedras brillosas bordadas. Menudo gusto tenía Greg. Soltó una bocanada de aire. Así se veía Emily. Se acomodó el vestido y salió del tocador. Halló a Greg enfundándose la chaqueta del smoking sobre la gruesa seda de la camisa de etiqueta y se arregló el moño. Él se había afeitado y engominado el cabello hacia atrás. ¡Vaya! Se veía increíble. Hasta parecía otra persona.

Greg se le quedó mirando cuando la vio.

Ella dio un giro para él.

—¿Crees que puedo seducir a Víctor?

—No solo a Víctor —respondió, con una sonrisa en los labios.

Bajó la vista y no pudo evitar sonrojarse. Greg puso su maletín sobre la cama y lo abrió. Tenía todas sus herramientas: armas, cargadores, cuchillos y unos frascos que no podía identificar que contenían. Se inclinó y cogió uno. Su curiosidad la sobrepasó.

—¿Qué es esto?

Él se lo quitó de la mano.

—El suero de la verdad.

Su ceño se frunció.

—¿El suero de la verdad? —Repitió, con una sonrisa burlona—. ¿Acaso eso funciona?

Greg regresó el frasco al maletín.

—Sí, y tú eres prueba de ellos.

—¿A qué te refieres?

—¿Recuerdas la noche que te apareciste en la oficina de Mark en el Club y bebiste su whisky?

Ella asintió con la cabeza.

—Al whisky le había echado un poco del suero, Mark sospechó que tenía algo y te lo dio a ti —le contó.

Furiosa, ella lo taladró con la mirada.

—¡Y tú dejaste que lo bebiera! —le recriminó.

—Entonces pensé que no te afectaría en nada, que eras una simple prostituta y que no volvería a verte —continuó—. Pero luego tú me seguiste al servicio de hombres e hice lo que me pediste, porque sabía que era eso lo que realmente querías.

¡Joder! Recordó que esa noche no podía dejar de decir lo que realmente sentía. ¡El gilipollas la había drogado!

—Yo no te drogué, Amy —dijo como si le leyera la mente—. El whisky no era para ti. Espero que aprendas la lección de no beber nada que un extraño te ofrece.

Ella frunció profundamente el ceño y torció la boca con desdén.

—¿Y ahora pretendes sermonéame?

Él resopló.

—Pon un pie en la cama —le pidió.

Ella se levantó un poco el vestido y apoyó el pie sobre el colchón. Greg le sujetó la pierna y le pasó una especie de liga de cuero por el pie y la fue subiendo hasta el muslo, luego le entregó una pequeña pistola para que la metiera en la funda.

—No la necesito —se quejó.

—Nunca sabes lo que puede pasar, Amy —repuso—. Practiquemos lo que debes hacer por última vez.

Asintió con la cabeza. Greg guardó su teléfono en el bolsillo interno de la chaqueta. Él parecía más nervioso que ella. Respiró hondo. Emily debía entrar en acción.

—¿Quieres acompañarme con un trago antes de irnos? —le preguntó

—No bebo mientras trabajo.

—¿Pero eso no significa que yo no pueda tomar, verdad?

Él la miró con sus penetrantes ojos entrecerrados.

—No.

Ella se acercó al frigobar y sacó una petaca de vodka, la destapó y bebió un trago. Tuvo un ataque de tos cuando el licor le ardió en la garganta.

—Espero que no te suceda eso cuando estés con Víctor —se burló él.

—¿Tienes un pañuelo para limpiarme?

Greg sacó uno del bolsillo y se lo dio. Ella redujo la distancia entre ambos y dejó su rostro a pocos centímetros del suyo.

—¿Se me ha corrido el labial? —quiso saber.

Él fijó su vista en su boca.

—No, está perfecto —susurró.

Ella apretó los labios y luego los humedeció con la lengua.

—¿Y ahora? —insistió.

—Sigue igual...

Se inclinó hacia él y le rosó la boca con los labios.

—La etiqueta decía que era de larga duración —murmuró en voz baja contra su oído—. Veremos qué tan cierto es —añadió.

Greg le puso una mano en la nuca y le rodeó la cintura con la otra, apretándola contra él y la besó con fuerza. Hizo que retrocediera y la apoyó contra la pared. Él enterró la cara en su cuello y ella ladeó la cabeza para que tuviera más lugar. Bajó la mano hasta la pretina del pantalón e intentó desabrochárselo, pero Greg se lo impidió y resopló contra su hombro. Lo oyó maldecir suavemente por lo bajo.

—Ahora no, Amy.

Ella le mordisqueó la mandíbula.

—¿Por qué no? Nos sobran unos minutos.

Greg le sujetó la barbilla y la miró a los ojos.

—Porque no quiero follarme a Emily —dijo—. Quiero hacerle el amor a Amy y ver su rostro cuando se corre.

Uuu... él había conseguido dejarla sin palabras. Y también deseaba que le hiciera el amor a Amy. Greg recobró un poco el aliento y se hizo a un lado. Dejó que ella se acomodara el vestido.

—Ten cuidado con Víctor, Amy —murmuró preocupado—. Si algo te parece fuera de lo normal, haz la señal de alarma, ¿vale?

Debía dejar caer su bolso si algo salía mal y él entraría en escena.

—¿Me cubrirás las espaldas, verdad?

Él le sonrió y le mostró un atisbo de picardía.

—Siempre —dijo con firmeza.

—¿Me prestas tu móvil? —le preguntó, a la vez que cogía su bolso de mano.

Greg se metió la mano dentro de la chaqueta y soltó una carcajada al darse cuenta que ya no estaba en su bolsillo.

—Tal vez deberías buscar en tu pantalón —le recomendó, cerrándole un ojo.

Él chasqueó la lengua al hallar su móvil donde le dijo.

—Chica lista...

Bajó las escalinatas del casino del brazo de Greg. Él la miró de reojo y le sonrió para transmitirle ánimo. El casino estaba decorado con alfombras rojas y cortinas al tono, y del techo colgaban enormes arañas de cristal. Las paredes estaban pintadas de blancas con molduras en dorado. A su izquierda estaban las máquinas tragas monedas y más adelante, los juegos de cartas. Caminaron despacio entre las mesas llenas de personas.

—¿Ves a Víctor en algunas de las mesas? —quiso saber.

—Aún no —repuso—. Iré por unos tragos.

Ella estuvo de acuerdo. Necesitaba algo fuerte. Después de un momento, él regresó con dos copas de martini y le entregó una. Le sacó la aceituna y le dio un sorbo. Frunció el ceño.

—¡Qué diablos! —Gruñó—. Te han dado agua, Greg.

Él observó a sus costados y luego a ella.

—John, cariño, dime John.

—Vale, lo siento.

—Te necesito sobria, pero aparenta estar borracha —expresó—. Sonríe que puede estar mirándonos.

—Lo he pillado —dijo—. Haré de cuenta que me estoy divirtiendo.

Él arqueó las cejas rápidamente y la miró como si fuera a explotar.

—Sonríe con más naturalidad, Amy.

—Emily, cariño, dime Emily.

—Diablos, lo he visto —le avisó, bebiendo un sorbo de martini—. Todavía no te voltees, pero está en la mesa de la ruleta. ¿Preparada?

Respiró hondo y asintió con la cabeza. Debía pensar y actuar como Emily. Se inclinó hacia Greg y le dio un beso suave en los labios.

—Suerte con tu partido, cariño —dijo en voz alta, para llamar la atención.

Él la tomó de la cintura y le susurró al oído:

—Hazme saber si te sientes amenazada, estaré contigo en dos segundos.

Le dio un beso rápido y se apartó. Ella giró los talones y se dirigió hacia la mesa de la ruleta. Greg le había enseñado a Víctor a través de foto, y se aseguró que era él cuando pidió con su tonada rusa que pusieran sus fichas en el número dieciocho. Víctor era corpulento, tenía un diente de oro y estaba usando un traje oscuro a rayas. Ella le dirigió una sonrisa coqueta desde el otro lado de la mesa verde y él hizo que los monigotes que tenía a su lado la llamaran para que se acercara. Primer paso superado. Víctor había picado el anzuelo.

—Dime un número, preciosura —le pidió cuando se acercó.

—Siete... —musitó, bebiendo un sorbo de su trago.

Víctor puso sus fichas en el siete. La bola de la ruleta empezó a rodar en sentido de las agujas del reloj. El corazón le latía a toda velocidad y saltó de la emoción cuando la bola se detuvo en su número. ¡Joder! Si las fichas hubieran sido suya, probablemente hubiera perdido. Víctor le dio una de sus fichas.

—Te la has ganado —le dijo—. Y por favor, no te muevas de mi lado. Me has traído suerte.

Ella le sonrió y le acarició el brazo.

—No lo haré por ningún motivo —replicó.

Él la estudió con la mirada y notó un brillo especial cuando observó su anillo en el dedo anular. Su debilidad eran las mujeres casadas.

—¿Qué haces sola preciosa?

—A mi marido le parece más atractivo un partido de póker que su mujer —comentó, jugando con la aceituna de su copa.

—Pero que tonto es...

—Eso mismo le repito todos los días —bromeó. Extendió un brazo y añadió—: Me llamo Emily.

El ruso se inclinó y le besó las manos.

—Víctor —se presentó—. ¿Qué estás bebiendo?

—Un martini seco.

Él le pidió a uno de sus monigotes que le trajeran otro trago. El teléfono de Víctor sonó y lo sacó del bolsillo interno de la chaqueta de su traje, tal como Greg le predijo donde lo llevaba siempre.

—¡Capullos! —Gruñó Víctor—. Me han colgado —él le entregó el aparato a uno de sus hombres—. Fíjate de donde vino la llamada. Este es mi número privado y no cualquiera lo tiene.

«Greg había hecho su parte», pensó. Ella ahora debía entretenerlo, mientras Greg se encargaba de sacar toda la información de su aparato.

—Ven aquí, Malcom —llamó Víctor a su hombre—. Regrésame el teléfono —cambió de parecer—. Espero una llamada importante —murmuró, guardándose el aparato otra vez en el bolsillo.

Maldita sea. «Plan B», susurró en el micrófono que Greg le había puesto en el vestido. Ahora debía cambiar su teléfono por el que ella tenía en el bolso. El monigote de Víctor le trajo su cóctel. Necesitaba algo fuerte. Le dio un largo trago a su martini «Greg», gruñó para sí, cuando el martini seguía siendo agua.

—Dime otro número, preciosura.

—Veintitrés...

—Ya has escuchado a la mujer —musitó él, al hombre que acomodaba

las fichas en el tablero.

La bola se detuvo en el veintitrés. ¡Joder! Ella debía apostar el dinero que le había robado a Brutus. Víctor la sujetó de los hombros y la sacudió, antes de besarle las mejillas.

—¡Hemos ganado! —gritó.

Aprovechó la emoción de Víctor para arrojarle encima el agua disfrazada de martini. Él se sacudió la chaqueta y se la quitó. Hizo una escena como que realmente lamentaba su accidente. Sacó un pañuelo de su bolso y secó el líquido desparramado. Aprovechó la distracción para cambiar los teléfonos. Tenía el corazón en un puño y la mente alterada. «Fase superada», murmuró en voz baja cerca del micrófono. Se aproximó a Víctor y le acarició la mejilla con un dedo.

—De verdad lo siento, a veces soy un poco torpe.

—No te preocupes preciosura, con lo que me has hecho ganar, podré comprarme varios trajes de esto —masculló el gilipollas.

Ella le sonrió.

—Iré al tocador un momento.

—No te demores, eres mi amuleto, cariño.

Se inclinó hacia él y le susurró al oído:

—Me gusta sentir que me necesitan.

Víctor apoyó su mano en su espalda, cerca de la curvatura donde comenzaba su trasero. Tuvo un escozor. Quería que todo acabara rápido.

—Te necesito —dijo él, con su marcado acento extranjero.

Ella batió sus largas pestañas y soltó una risita tonta, luego se retiró.

17. LOS DATOS

INGRESÓ al servicio de mujeres. Cerró la puerta y apoyó la espalda contra ella. Exhaló una bocanada de aire. Había alguien más en el servicio. La mujer le sonrió y ella le devolvió el gesto, pero su expresión debió reflejar su tensión, porque la miró con extrañeza y acabó de lavarse las manos a toda prisa y se fue. Sentía las piernas flojas por la adrenalina que estaba corriendo por su sangre. Apoyó las manos en el lavado e inclinó la cabeza. De repente, la puerta de uno de los cubículos se abrió. Observó a Greg salir de allí por el espejo.

—¿Lo tienes? —le preguntó él.

Ella asintió con la cabeza. Sacó el teléfono de Víctor del bolso y lo dejó sobre el lavado.

—No será sencillo entrar, el aparato debe tener una clave —comentó—. Tienes cinco minutos, Víctor me está esperando y si no regreso pronto, él empezará a sospechar.

Greg cogió el aparato e ingresó un código para acceder a la información. Lo miró sorprendida. ¿Cómo lo había conseguido?

—No preguntes —repuso él—. Mientras menos sepas, será mejor para ti.

Ella pensó lo mismo. Greg puso su teléfono al lado del móvil de Víctor, y los datos empezaron a pasarse de un aparato al otro. Él la miró de reojo y sonrió, mientras esperaba.

—El sitio me trae gratos recuerdos —murmuró él en un tono provocador.

Sus palabras eran como una caricia seductora. Se mordisqueó el labio inferior.

—¿Ah, sí?

Greg extendió un brazo y apoyó su mano en su abdomen, luego la deslizó despacio hacia abajo por encima de la tela del vestido. Cerró los ojos

y echó la cabeza hacia atrás. Se le escapó un gemido cuando él estimuló sus partes íntimas.

—Oh, Greg...

Él le dio un beso tierno en el hombro y dijo:

—Debes volver con Víctor.

Abrió los ojos y regresó a la realidad.

—¿Ya sabes en qué lugar Víctor se encontrará con los traficantes?

Greg metió el teléfono del ruso en su bolso y se lo dio.

—Ten mucho cuidado cuando se lo devuelvas —le pidió—. Él no puede saber que se lo has sacado.

No era necesario que se lo dijera.

—Quiero saber, Greg, he arriesgado mi pellejo por esto —musitó, molesta.

Él le sujetó el rostro entre sus manos y la besó.

—Vete, Amy —le ordenó.

Sabía que él no le diría una palabra más. Soltó un bufido de consternación y lo apartó.

—Espero que todo esto haya valido la pena, porque no quiero volver a verte.

Greg puso los brazos en jarra y le dedicó su diabólica sonrisa.

—No te librarás de mí tan fácilmente —le hizo saber—. Ahora vete, Amy.

Ella salió del servicio de mujeres hecha una furia. ¿Quién se creía que era? Gilipollas. Respiró hondo y se acomodó el vestido. Se dirigió hacia la sala de juego. Echó una ojeada hacia atrás cuando creyó que la seguían.

—¿Amy? —dijeron.

Conocía muy bien esa voz chillona. Steve la había visto. ¡Grandioso! Lanzó una maldición y apuró el paso.

—Espera un momento, Amy, sé que eres tú —murmuró a sus

espaldas.

Se detuvo y giró los talones hacia él. «Ella era Emily», se recordó.

—Lo siento, señor, pero me está confundiendo con otra persona — dijo, haciéndose la desentendida—. No soy Amy, soy Emily Blake — murmuró, risueña.

—Vi a tu abuelo en el hotel, Amy, sé que eres tú. No puedes engañarme. Debemos hablar.

Ella no volvería a pasar por lo mismo. No dejaría que Steve le hiciera la vida imposible. Había tenido que dejar muchas cosas por culpa de él en el pasado y no lo volvería hacer.

—No sé de qué coño me está hablando, señor, pero si sigue insistiendo, tendré que llamar a seguridad —le advirtió.

Lo miró ceñuda cuando él intentó cogerla del codo. Víctor estaba a poco metros y Steve podía arruinarlo todo. Debió haberle contado a Greg sobre Steve. Ella se había olvidado de decirle que lo había visto esa tarde en el hotel.

—Si me disculpas, tengo fichas que apostar...

Se volteó y caminó rápido hacia Víctor.

—¡Emily! —Gritó él—. ¡Al fin apareces encanto! Mi suerte ha regresado —le dijo a las personas que estaban cerca suyo—. ¿Dime un número, preciosura?

Víctor se había vuelto a poner su chaqueta. Sonrió para que sus nervios no se hicieran evidentes.

—Treinta y tres...

—Ya has escuchado a la mujer, pon mis fichas en ese número — masculló.

Y la ruleta había vuelto a estar a su favor. Víctor la tomó por sorpresa cuando la besó en la boca.

—Oh, cariñó, pídemelo lo que quiera que lo haré.

Ella palideció cuando encontró a Steve parado entre las mesas, con la vista fija en ella. Sintió pánico que él la volviera a seguir como en el pasado. Víctor le siguió la mirada.

—¿Quién es? —Preguntó—. ¿Es tú marido?

—No —respondió—. Es un loco que me ha confundido con alguien y no me deja en paz. Me da miedo.

Víctor le alzó el mentón con un dedo.

—¿Quieres que me encargue de él?

—¿Harías eso por mí?

Él hizo un gesto con su boca.

—¿Por qué no? Tú me ayudas a mí, y yo te ayudo a ti.

Tragó saliva. Ella siguió empleando su coquetería y metió las manos por debajo de su chaqueta y lo abrazó. Aprovechó la exaltación para devolverle el teléfono. El cambio se había hecho. Víctor le pidió a uno de sus hombres que le trajeran otro martini mientras ella le seguía sirviendo de amuleto. Y otra vez, le habían traído agua disfrazada de martini. ¿Cómo diablos hacía eso Greg?

Se quitó la peluca cuando ingresó a la habitación. Todo había acabado. Había logrado librarse de Víctor. Y si el ruso cumplía con su promesa, Steve también dejaría de ser una carga. Buscó a Greg en la habitación. Él todavía no había llegado. Necesitaba con urgencia algo fuerte para calmar sus nervios. Sacó una petaca de whisky del frigobar y se llenó una copa. Bebió un sorbo del líquido ambarino, e hizo girar el hielo dentro del vaso mientras meditaba unos segundos. Sí Greg había conseguido la información que necesita del teléfono de Víctor, no iba a decírselo. Ella no quería estar al margen de lo que iba hacer. Debía conocer su plan. ¿Pero cómo?

Pudo ver un extremo del maletín de Greg por debajo de la cama. Ella se agachó y lo puso sobre el colchón. «El suero de la verdad». Sonrió. Había llegado el momento que él bebiera un poco de su propia medicina. Abrió el maletín y cogió el frasco, volcó un poco del líquido en la copa y luego lo volvió a guardar. Oyó que Greg abría la puerta. Metió apurada el maletín debajo de la cama y se dirigió hacia la sala.

Greg parecía aliviado de haberla hallado en la habitación. Se acercó a ella de una zancada y la besó con pasión.

—¿Estás bien? —le preguntó, ahuecando una mano en su mejilla.

—Sí —asintió—. ¿Dónde estabas?

—Terminando de arreglar unos asuntos —respondió—. Todo acabará dentro de poco, cariño.

—¿Puedo hacer algo más por ti?

Él le dedicó una sonrisa tierna.

—Ya has hecho demasiado, Amy.

Sabía que Greg no iba a incluirla en sus planes. Pero pensar que podía salir lastimado, la enloquecía. Víctor tenía a sus hombres y él estaba solo. La necesitaba y ella quería ayudarlo.

—¿Quieres algo fuerte? —Le ofreció su copa—. Y no es agua —le aclaró.

Él se quitó el moño del smoking y se desabotonó el cuello de la camisa. Aceptó su copa y bebió un sorbo largo. ¿Cuánto tiempo tardaría que el suero de la verdad surgiera efecto? Siguió a Greg al dormitorio. Él abrió la caja fuerte y sacó una pistola y la colocó en la funda sobaquera.

—¿Víctor se encontrará con los traficante esta noche, verdad?

—Sí.

Puso los brazos en jarra y ladeó la cabeza hacia un costado.

—Es peligroso, Greg.

Él se giró hacia ella.

—Lo sé, por eso no quiero que tú vayas.

—¿Y si algo sale mal?

Greg acortó la distancia entre ellos. La rodeó con los brazos e hizo que apoyara una mejilla contra su pecho.

—Todo saldrá bien, Amy —la tranquilizó—. Y volverás a tu vida normal.

Alzó la vista hacia él.

—Pero no quiero regresar a mi antigua vida, Greg.

Ella vio la protuberancia inconfundible de la parte delantera de sus pantalones y sintió auténtica satisfacción femenina. Él resopló y se apartó.

—¿A qué hora te encontrarás con ellos?

—Todavía no lo sé —respondió.

¿Acaso el suero de la verdad estaba surgiendo efecto?

—Si las cosas salen como planeas, ¿regresarás por mí?

—Es un hecho, Amy —expresó—. Te dije que iba a hacerte el amor y ver cómo te corres entre mis brazos.

Quiso creer que él suero de la verdad funcionaba. Su teléfono empezó a sonar. Ella lo cogió. Nina, la enfermera de su abuelo, le había enviado un mensaje y le pedía que fuera a su habitación. Frunció el ceño. Era extraño que Nina no la hubiera llamado, sobre todo, si algo malo hubiera pasado.

—¿Qué ocurre? —le preguntó él.

—Nina quiere que vaya a su habitación —le contó.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero ahora mismo iré a ver.

18. SORPRESA

SINTIÓ un golpe seco en la nuca cuando la recibieron en la habitación de su abuelo y todo se le volvió oscuro con estrellitas de colores. Al abrir los ojos, se halló amarrada sobre el sofá de la sala y a su lado tenía a Nina en sus mismas condiciones. Tenía la boca amordazada. Sacudió la cabeza para quitarse el pelo del rostro. ¿Quién la había golpeado? Abrió los ojos como plato. «¡Brutus!». Miró a su alrededor y no encontró a su abuelo. Intentó soltarse tironeando los brazos con desesperación.

Brutus le sonrió cuando la vio despertarse.

—Debes tener un terrible dolor de cabeza, ¿verdad, Amy?

«Sí». ¿Con qué diablos la había golpeado? Él arrastró una silla y se sentó delante de ella, apoyó los antebrazos en los muslos y dejó el arma que sujetaba colgando entre las piernas.

—No tengo mucho tiempo, Amy, por eso iré al grano —dijo pausado, pero en un tono intimidante—. ¿Dónde están mis setecientos mil dólares?

¡Diablos! ¿En el bolso había setecientos mil dólares? Ella ni siquiera los había contado. Y tampoco tenía idea en dónde estaban. Greg había tomado sus cosas después de las tantas veces que la había dormido. Ella respondió con balbuceó, porque la mordaza le impedía hablar. Brutus se inclinó y le quitó el trapo de la boca.

—Ahora puedes responder...

—No tengo tu dinero.

Brutus soltó un bufido e hizo una mueca de desagrado.

—Tú dices que no, yo digo que sí, tú dices que no y yo digo que sí —repitió, sarcástico—. Lo diré una vez más, ¿dónde está mi dinero?

—No lo sé.

Él se rascó una mejilla, impaciente.

—Bien, si lo quieres de este modo —apuntó a Nina en la cabeza con el arma y añadió—: ¿Dónde está mi dinero, Amy?

Nina se hundió en el sofá y la miró llena de pánico. Ella se sentía acorralada, con la vista enturbiada por las lágrimas.

—Ruégale a tu amiga que me lo diga o tendrán que pintar la pared para borrar tus sesos —le pidió, a la vez que le quitaba la mordaza.

Sabía que Brutus hablaba en serio. Y también sabía que los mataría a todos cuando le entregara el dinero. Él se volteó hacia la puerta cuando golpearon. Dentro de ella brotó la esperanza.

—¿Quién es? —preguntó.

—Servicio a la habitación —respondieron.

«Greg», pensó. Rogó que fuera él.

Brutus miró a Nina de golpe.

—¿Tú has pedido algo?

—No lo sé. No recuerdo. Probablemente —musitó, con lo que parecía un toque de histeria absoluta.

Él agitó una mano en el aire y se acercó a la puerta.

Ella rodó en el sofá hasta quedar a un lado de Nina.

—¿Dónde está mi abuelo? —susurró.

—En el dormitorio, le di una de sus pastillas para dormir —murmuró en voz baja—. Lo siento, Amy, él me hizo creer que se había enamorado de mí y yo lo dejé entrar —le contó entre sollozo.

Brutus hubiera ingresado de cualquier modo.

—No te preocupes, Greg nos ayudará.

—¿Quién es Greg?

—John es Greg —le explicó—. También tengo un arma.

—¿Dónde?

—Entre mis piernas.

Nina echó el rostro hacia atrás.

—¿Enserio? Y parecías bien mujer.

Sacudió la cabeza.

—Tengo un arma de fuego —le aclaró.

Brutus abrió la puerta y el camarero ingresó a la habitación. ¿Qué diablos? Él no era Greg, sino Steve. Tenía un ojo morado y el labio lastimado. Quiso gritarle que se fuera, pero ya era tarde. Brutus le dio un golpe certero en la cabeza con la culata de su revólver y Steve se desplomó en el suelo. Brutus arrastró su cuerpo hacia el sofá y se dirigió a la habitación continua para buscar con qué amarrarlo.

Después de unos minutos, Steve se despertó a su lado. Él abrió grande los ojos y soltó un grito cuando la vio.

—¿Qué me has hecho? —gruñó.

Ella torció los labios con desdén.

—Nada. ¿Qué te han hecho a ti? —replicó.

—¿Qué me ha pasado? Me golpearon los matones que me mandaste.

«Víctor», pensó.

—Tú te lo buscaste por no dejarme en paz...

—Dejen de pelear —farfulló Nina—. Tú, que todavía no te han amarrado, desátanos antes que venga Brutus —le pidió.

—¿Brutus es quien me ha golpeado cuando entré?

—Sí —respondió ella.

—Si las desato, me meteré en más problema y tal vez si coopero, él me deje ir —dijo el muy cobarde.

—Si tuviera desatada, yo misma te daría otra paliza, cabrón —murmuró Nina.

Brutus apareció en la sala con los cintos de las batas para amarrar a Steve.

—Ha habido una equivocación —empezó diciendo su ex—. Sea lo que sea que hayan hecho estas mujeres, yo no he tenido nada que ver.

«Cierra el pico, gilipollas», quiso gritarle. Brutus lo volteó y le estiró los brazos hacia atrás con fuerza y amarró sus muñecas.

—¿Quién coño eres tú? —le preguntó.

Ella sonrió. Si Steve había regresado para hacerle la vida imposible otra vez, consideró que él también debía quedarse.

—Él es mi novio —respondió ella por Steve.

—¿Ah, sí? —replicó Brutus, enarcando una ceja.

—¡No! ¡Eso no es cierto! —Chilló el cobarde—. ¡No mientas Amy!

—Él ha sido quien se ha llevado el bolso con tu dinero —añadió la enfermera de su abuelo.

Miró a Nina sorprendida por lo que acababa de decir, y ellas intercambiaron miradas de complicidad.

—Steve tiene tu dinero, Brutus —corroboró ella.

—¿¿Qué?! —Exclamó su ex, que parecía que estaba a punto de darle un ataque cardíaco—. ¿De qué dinero hablas?

Brutus lo giró hacia él y dejó su rostro muy cerca del suyo.

—¿Dónde está mi dinero? —le preguntó, rechinando los dientes.

Sintió pena por Steve. Él tenía tanto miedo, que se había orinado en los pantalones.

—No tengo su dinero. ¡Lo juro! Ellas están mintiendo —musitó alterado—. No es mi novia. No me gusta. ¡La odio! ¡Me ha arruinado la vida!

¿Ella le había arruinado la vida? Se quedó muda del espanto.

—¡Cabrón desgraciado! —Gritó—. ¡Tú me has arruinado la vida a mí! Tuve que cambiarme de estado por tu culpa. ¡No dejabas de seguirme, me llamabas todo el tiempo!

—¿Y nunca pensaste que solo quería hablar contigo?

—¡Pero yo no quería! —Rugió—. Lo nuestro estaba acabado.

—¿Entonces él no es tu novio? —cuestionó Brutus, sujetando a Steve de la solapa de su chaqueta.

—Bien hecho, Amy... —masculló Nina, hundiéndose en el sofá.

Ella resopló y puso los ojos en blanco. Acaba de tirar abajo su única chance de escapar. ¿Cuándo acabaría su maldito infierno?

—No quería regresar contigo, Amy —le dijo Steve—. Solo quería pedirte que me devolvieras la birome que te di para que escribieras tu primera novela. Había pertenecido a mi abuela y la quería conmigo otra vez.

Parpadeó, perpleja. Él volvía a decir el mismo cuento de siempre.

—¿Querías la birome? ¡Ja! ¡Sí, claro! ¿Y fue por eso que una noche te

encontré en mi habitación hurgando el cajón de mi ropa interior, metiéndote mis bragas en tus pantalones?

—Buscaba la birome —se defendió—. Y siempre me gustaron tus bragas.

—Iuuu... —gimió Nina con asco—. *Rarito*.

Steve ladeó la cabeza hacia la enfermera de su abuelo.

—No soy un perverso, ¿vale? Las cogí porque me gustaba usarlas.

Nina revoleó los ojos.

—Eso suena peor... *rarito*.

Brutus soltó un bufido y empujó a Steve contra el respaldo del sillón. Parecía fastidiado. Los tendones de su cuello sobresalían por la tensión.

—Me importa un bledo el rollo que hubo entre ustedes —gruñó—. Solo quiero mi dinero —lo apuntó con el revólver en medio de la frente—. ¿Entonces dices que no sabes nada sobre mi dinero, verdad?

Steve asintió con la cabeza.

—Sí, lo juro, ni siquiera sabía de la existencia de ese dinero hasta ahora.

Brutus sonrió y le disparó, poniendo un almohadón delante de su rostro.

—Entonces no me sirves... —musitó él, en un tono sádico.

A ella se le cortó la respiración. Se alejó lo más que pudo de Steve, que había quedado con sus ojos bien abiertos. Nina empezó a los gritos, espantada. Brutus miró a la enfermera y añadió:

—Si no cierras la boca, serás la próxima, ¿eso quieres?

Nina negó con la cabeza.

—Bien, empezaré otra vez, ¿dónde está mi dinero?

Habían vuelto a golpear la puerta. «Greg». El corazón le dio un vuelco. Estaba segura que esa vez era él. Debía sospechar que algo no estaba bien al no recibir noticias de ella. Brutus les pidió que hicieran silencio. Se

acercó a la puerta con el arma.

—¿Quién es? —preguntó.

—Greg —respondieron.

Sus cejas se unieron. Creyó que él se haría pasar por el servicio de la habitación, igual como lo había hecho Steve.

—¿Greg? —Repitió Brutus—. ¿Estás armado Greg?

—Sí.

—¿Vienes a matarme?

—De hecho sí, y debí hacerlo hace tiempo —respondió.

Brutus soltó una carcajada y le abrió la puerta, le hizo seña con la pistola para que ingresara. Greg pasó a la habitación y frunció el ceño cuando la vio amarrada en el sofá.

—Arroja tu arma al suelo, Greg —le pidió, apuntándolo con el revólver.

Él hizo lo que le pidió.

—¿Tienes más armas? —le preguntó.

—Sí.

—También déjalas en el piso.

Brutus las pateó a un costado y las alejó de Greg.

—¿Esas son todas las que tienes?

—No, también escondo otra en la pierna derecha —le hizo saber.

—¿Qué diablos ocurre contigo, Greg? —gruñó ella.

Greg parecía atontado. ¡Oh, por Dios! El suero de la verdad. Él no podía ocultar nada. Respondía con sinceridad todas las preguntas de Brutus. Greg cayó al piso cuando recibió una patada en las costillas. Él lanzó un juramento.

—¿Cómo planeas matarme, Greg? —se mofó el grandote asqueroso.

Ella se inclinó hacia adelante e intentó desatarse. Debía ayudarlo. No podía ver como lo lastimaban. Brutus iba a matarlo.

—No respondas, cariño —le pidió.

Pero él no la escuchó.

—Será fácil —dijo Greg—. Te quitaré el arma que tienes en la mano y voy a golpearte tan fuerte que te dejaré inconsciente, luego te meteré en el portaequipaje de mi coche y te llevaré con Víctor. Y cuando él vea que no has hecho bien tu trabajo, te matará. No le gusta los perdedores y tú eres un perdedor. Y no tendré la necesidad de mancharme las manos contigo.

Brutus lo silenció de un puñetazo en el rostro, luego se acuclilló y se puso a la altura de él para seguir humillándolo. No iba a salirse con la suya. No lo dejaría. No mataría a Greg y tampoco recuperaría su dinero. Primero muerta, antes que un gilipollas como él saliera vencedor. Era probable que todos murieran esa noche.

—¿Sabes por qué no te he matado aún? —Inquirió Brutus—. Porque me divierte jugar al gato y al ratón, pero ya me estoy aburriendo de ese juego.

Greg se rodeó el abdomen con un brazo y empezó a reírse, adolorido.

—¿Qué es lo que te parece tan divertido?

—Que eso mismo me dijo tu mujer cuando se metió en mi cama.

Bueno, el hecho de saber que él estaba diciendo la verdad, a ella no le resultó nada divertido y a Brutus tampoco.

—¡Hijo de perra! —Rugió él, dándole una seguidilla de patadas en las costillas—. Sabía que te habías acostado con aquella zorra.

—Corrió a mí cama porque tu no sabías complacerla —siguió provocándolo Greg.

—¡Hey! —Gimió ella—. Si no cierras esa boca, Greg, seré yo quien te golpee —le advirtió.

Él volteó la cabeza hacia ella y le sonrió enseñándole los dientes manchados de sangre.

—Pero ella no se puede comparar contigo, cariño —le dijo.

Irguió los hombros y no pudo evitar sentirse complacida.

—Gracias...

Brutus ató las manos de Greg y lo llevó al sofá junto a ellas. Se pasó una mano por el pelo y resopló. Parecía que echaba humo por sus fosas nasales.

—Bien, si no me dicen dónde está mi jodido dinero, empezaré a matarlos uno por uno —la miró y añadió—: Y tú serás la primera.

—Amy fue quien se llevó tú dinero —la delató Greg.

Nina arrugó el rostro.

—¿Y él sería quien iba a salvarnos de este gilipollas? —susurró, sacudiendo la cabeza con desaprobación.

—Pero fui yo quien lo depositó en una cuenta en las Bahamas —siguió él—. Amy no tiene ni idea en qué banco está, y si tú no las dejas ir, no verás ni un céntimo de ese dinero.

Brutus juró de forma bárbara y brutal.

Ella le dio un codazo a Greg en las costillas.

—Ya deja de hablar —le pidió en voz baja.

—No puedo, no sé qué me pasa —entornó los párpados y le lanzó una mirada amenazadora—. ¡Tú! El whisky, ¡oh, diablos!

—Lo siento, Greg, solo quería que me dijeras la verdad.

La puerta de comunicación con el dormitorio se abrió. Su abuelo se había despertado. Y de repente, supo lo que era sentirse presa del terror.

—Regresa a la cama, viejo, o acabaras como aquel gilipollas —le dijo, señalando a Steve con el revólver.

Su abuelo apoyó todo el peso de su cuerpo en el bastón.

—Ve a descansar, Patrick —le pidió Nina.

—Abuelo, por favor, vuelve a la cama —le imploró.

Su abuelo asintió con la cabeza e hizo que regresaba al dormitorio, pero se volteó de golpe y tiró a Brutus al suelo golpeándolo en las piernas con el bastón.

—¿Me has llamado viejo? Soy el comandante Klarson, debería tener más respeto con sus superiores soldado.

Greg se abalanzó sobre Brutus antes de que él le disparara a su abuelo, y lo desvaneció con un golpe certero en la nuca. Se preguntó cómo había logrado desatarse y porque no había hecho eso desde un principio. Nina le pidió a Patrick que las desatara. Agradeció que su mente estuviera en la época en la que él estaba en el ejército, y no cuando tenía cinco años. Su abuelo los

había salvado.

—Mi héroe —murmuró Nina.

Ella se acarició la muñeca cuando la soltó, y luego abrazó a su abuelo con todas sus fuerzas. Lloró como una niña contra su pecho.

—¿Amy? —murmuró él.

—¿Abuelo?

—¿Por qué lloras, cariño? —dijo, llevándole un mechón de pelo detrás de las orejas.

—Porque te extraño...

—Pero ahora estoy aquí, cielo.

Se le hizo un nudo en la garganta por la emoción.

—Lo sé —expresó—. Un minuto me es suficiente.

Nina se llevó a su abuelo a la habitación continua para que no se perturbara por la escena. Ella se volteó hacia Greg. Él había amarrado a Brutus y lo estaba envolviendo con la alfombra.

—¿Qué harás ahora? —quiso saber.

—Meterlo en la cajuela del coche y llevarlo con Víctor.

—¿Entonces era cierto lo que le dijiste?

Greg acortó la distancia que había entre ellos y le sujetó la barbilla.

—Tú más que nadie debería saber que digo la verdad —le recalcó—. ¿Estás bien, cariño?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Puedo ir contigo a ver a Víctor? No quiero que vayas solo, Greg —dijo en un tono preocupado—. ¿Quién va a ayudarte?

Las cejas de él se unieron en un ceño fruncido.

—No, Amy, no puedes venir conmigo, ya te lo había dicho antes —repuso con seca entonación.

Si le había dado de tomar el suero de la verdad, había sido por una buena razón. Que él le diera más información.

—Vale, tú ganas, no iré —mintió—. ¿En qué sitio verás a Víctor?

Él le dio la dirección. El lugar se hallaba bastante retirado de donde estaban. Tenía que salir por detrás de Greg para llegar a tiempo. Ella le rodeó el cuello con los brazos y lo besó con pasión.

—¿Regresarás vivo, verdad?

Él le dirigió una mirada larga y suave.

—Lo prometo...

19. EMBOSCADA

ESPERÓ paciente a que el hombre que había puesto Víctor en la entrada de la fábrica abandonada, se quedara solo. Desfundó el revólver y disparó una vez que lo tuvo en la mira. El guardia cayó contra el cemento. Atravesó los caños de hierros herrumbrados. Se aseguró de que no hubiera nadie a los costados e ingresó a la fábrica. No veía rastros de Víctor. El sitio estaba vacío. Había varias máquinas viejas en desuso. Los cristales de las ventanas estaban rotos, probablemente por algunas pandillas. Las paredes pintadas con aerosoles se lo corroboraban.

—¡Hey, tú! —Le gritaron—. ¿Qué haces aquí? —le preguntaron en ruso.

Él bajó el arma y respondió en su mismo idioma:

—Vigilo el área, pero no encuentro a mi grupo. Ellos deben estar cubriendo a Víctor. Me echaran si no me ven.

El ruso hizo un gesto de desaprobación.

—Deberían echarte, ¿eres nuevo?

—Sí.

—Víctor está en la otra entrada, donde se hará el trato —le informó.

Él asintió con la cabeza.

—Gracias, te debo un trago.

—¿De quién recibes órdenes? —le preguntó.

«¡Diablos!». Él balbuceó algo inentendible. El ruso frunció el ceño y se le acercó.

—¿Quién has dicho?

Se inclinó para decirle un nombre, pero le partió la nariz de un golpe. Luego lo puso de cara contra la pared. La sangre le caía por encima de la boca.

—Esto es lo que haremos —dijo—. Lllamarás a Víctor y me

asegurarás que está en el sitio que acabas de decirme.

El ruso le había dicho la verdad. Víctor se hallaba al otro lado de la fábrica. Para no correr riesgo de que lo delataran, le rompió el cuello. Era su último trabajo como asesino a sueldo, y debía hacerlo bien. Salió del edificio, lo rodeó hasta llegar al sitio en donde se haría el trato. Halló a dos hombres dentro de un coche, haciendo vigilancia. Se acercó al vehículo estacionado. Se metió la mano en el bolsillo para sacar los cigarrillos y el encendedor, y prendió uno.

—¿Quieres fuego? —le ofreció al conductor que intentaba encender su cigarro.

Él asintió con la cabeza. Le aproximó el encendedor al rostro y lo dejó caer sobre su regazo. Él gimió al quemarse. Sacó el revólver de la cintura del pantalón y le disparó al acompañante, y su cabeza estrelló contra la ventanilla lateral. Sujetó la muñeca del conductor y se la dobló e hizo que él mismo se atravesara la bala de su arma.

Se ocultó detrás de unos tachos cuando oyó que alguien se acercaba, luego corrió hacia la ventana y rompió el cristal con el codo. La abrió y se metió. Alzó la vista y creyó que en la planta de arriba podría tener una mejor visión. Subió los escalones de puntilla y con sigilo, dejó las escaleras, entró en el pasillo que a un costado tenía barandas de hierro y al otro lado, había caños y algunas máquinas viejas. Desde allí, podía ver claramente a Víctor cerrando el trato con los traficantes de arma.

Él sintió el cañón de una pistola en la nuca.

—¿Quién eres? —le preguntaron.

—Me enviaron a cubrir las espaldas de Víctor —respondió en ruso—. Ve a vigilar a otro sitio.

—¿Por qué no te he visto antes? —insistió.

Él se volteó de golpe y le arrebató la pistola de una patada, le golpeó la cabeza contra la baranda de hierro y se desplomó de cara al suelo. Agarró con fuerza el revólver y sonrió, ceñudo, antes de apretar el gatillo.

—Debiste irte cuando te di la posibilidad —murmuró en voz baja.

Miró el reloj. El mensajero no tardaría en llegar. Encendió un cigarro y le dio una calada, mientras observaba a Víctor contando el dinero que le acababan de pagar por la mercancía. Sonrió cuando vio ingresar a la fábrica

el coche que había llevado el mensajero. «Justo a tiempo», pensó. El conductor se bajó del vehículo y todos los que estaban allí, lo apuntaron con sus armas. Víctor se interpuso.

—Él trabaja para mí —dijo—. ¿Qué haces aquí, Alexander? Espero que sea importante o tendré que matarte yo mismo.

—Es una entrega de Brutus, dejó dicho que en la cajuela del coche tienes lo que le pediste —le comunicó—. Y que ahora mismo te está observando y apuntando con un arma para asegurarse de que le transfieras el dinero que le prometiste a su cuenta.

Víctor echó una ojeada a su alrededor.

—¿A qué estás jugando Brutus? —Preguntó a los gritos—. Vayan a buscarlo y mátenlo —le pidió a sus hombres—. Abran el maletero. ¡Espero que Greg esté vivo! —exclamó.

Él esbozó una media sonrisa y llenó el tambor del revólver con balas.

—Primero debes hacer la transferencia —murmuró Alexander—. Dejó en claro que el coche está lleno de explosivos y lo hará detonar sino le dan el dinero.

Víctor soltó una maldición.

—Envíenle el jodido dinero al gilipollas —ordenó.

Después de un momento, la transferencia se había hecho. Abrieron la cajuela del vehículo y Víctor enrojeció de furia cuando miró lo que había.

—¡Hijo de perra! —Rugió—. ¡Malditos inútiles! —Insultó a sus hombres—. Este no es Greg —señaló el maletero con el dedo y añadió—: El hombre que me han traído es el mismo Brutus.

Hizo que lo sacaran de la cajuela. Víctor se inclinó para quitarle la mordaza, pero Brutus sacudía la cabeza de un lado a otro para impedirselo.

—Sujeten a este gilipollas... —les pidió Víctor.

Sus hombres lo sujetaron de los hombros. Víctor le sacó la mordaza. Brutus escupió la granada que tenía en la boca.

—Bien hecho, acabas de detonar un explosivo, Víctor —le dijo.

Había dejado a Nina en el hotel para que cuidara a su abuelo, mientras ella se dirigía a la dirección que Greg le había dado, donde él se encontraría con Víctor. Las manos le sudaban y temblaban. Tenía pánico de que algo malo le sucediera. Sí, era un idiota por haberse enamorado de un asesino. Esperó a que el semáforo cambiara a verde y apretó el acelerador con el pie. Dobló a la izquierda y bajó la velocidad cuando se fue acercando al sitio. Estacionó el coche. Frunció el ceño cuando comparó la dirección que tenía escrita, con lo que tenía en frente.

—¡Greegg! —Gritó, golpeando el volante con todas sus fuerzas—. ¡Hijo de perra!

Él le había mentado. El gilipollas le había dado la dirección de una estación de policía. ¡Suero de la verdad una mierda! Greg había estado fingiendo. De repente, Emily apareció en el asiento del acompañante.

—¿En ningún momento se te pasó por la cabeza lo fácil que te había sido engañar a un sicario? —Le preguntó, cruzándose de piernas—. Él te dejó la carnada y tú caíste en su trampa.

Ella sonrió mordaz y la miró furiosa. Lo que menos pretendía era que le recalcaran lo tonta que había sido.

—Desaparece de mi vista —murmuró, apretando la mandíbula.

Su personaje se encogió de hombros.

—Si así lo quieres...

Emily se esfumó y ella lo agradeció. Dio un respingo cuando le golpearon el cristal de la ventana. Un policía alumbraba el interior del coche con una linterna. Ella bajó la ventanilla.

—¿Puedo ayudarlo? —le preguntó.

—¿Usted es Amy, verdad?

Frunció el ceño arrugando la frente.

—¿Sí?

—Greg nos avisó que vendría, acompáñeme, por favor.

Ella asintió con la cabeza. Se bajó del vehículo y lo siguió hasta la estación de policía. ¿Qué diablos había planeado Greg? ¿Por qué él la había enviado con la policía? Se sentía desorientada y confusa. Respiró hondo.

—Tome asiento —le pidió el agente, cuando ingresaron a la oficina del aguacil.

Elle se sentó delante del escritorio. Se reclinó y apoyó las manos en el regazo, mientras esperaba que alguien le diera una explicación. El sheriff ingresó al despacho y le dijo que no se levantara. Rodeó el escritorio y se sentó en su butaca.

—Soy Jeffrey Thomson —se presentó—. Ya está a salvo, señorita Klarson —le dijo—. Greg Adams la ha liberado.

Bueno, si antes se sentía confundida, ahora lo estaba mucho más.

—¿No entiendo?

—Greg también nos avisó que usted intentaría encubrirlo por miedo de que él lastime a su abuelo —le contó—. Le prometo que nadie lastimará a su abuelo —continuó—. Sabemos que Greg la ha tenido secuestrada durante todo este tiempo.

¿Qué demonios estaba diciendo? ¿Por qué Greg había dicho todo eso?

—¿Cómo dice? ¿Secuestrada? ¡No, eso no es cierto!

—Tranquila, señorita Klarson —musitó él—. Greg hizo un trato con nosotros, si la liberaba y entregaba a Víctor, se le reduciría la pena en prisión.

Exhaló una bocanada de aire e intentó procesar toda la información.

—¿Dice que Greg se entregó?

—Sí —afirmó—. Él nos explicó que usted no ha sido más que una víctima. Podrá volver a su vida normal, señorita Klarson.

Ella apoyó las manos en el escritorio y se inclinó hacia el sheriff.

—Greg iba a encontrarse con Víctor esta noche —le avisó—. Él está en peligro.

—Lo sabemos, tenemos la situación controlada.

La puerta del despacho se abrió de golpe. Un agente se apareció muy nervioso.

—¿Qué ocurre, Peter?

—Hubo una explosión —le contó.

—¿Dónde?

—En la fábrica —respondió—. Logramos capturar a los traficantes que estaban con Víctor, pero él y sus hombres quedaron atrapados en el incendio.

A ella se le secó la garganta.

—¿Y Greg? ¿Greg puso salir, verdad?

El agente negó con la cabeza.

—Él también estaba en la fábrica cuando surgió la explosión.

—Por lo menos hizo algo bueno antes de morir —comentó el sheriff. La miró y añadió—: Ahora podrá estar más tranquila, señorita Klarson. Greg Adams no volverá a molestarla.

Se cubrió la boca con las manos para ahogar un gemido. Sintió que el corazón se le detuvo. Greg... Greg había muerto.

20. LA PRESENTACIÓN

Seis meses después...

CERRÓ los ojos y siguió los consejos de respiración que Devon le había dado. Finalmente, había llegado el gran día. Presentaría su última novela: «Emily Blake también se enamora». A Devon le había encantado su historia, y no le fue difícil conseguir que una editorial publicara su novela. Se sirvió un vaso con agua, mientras esperaba que la sala de la librería se llenara para leer unas estrofas de su nueva novela. Su agente le avisaría en que momento debía salir. No había podido dormir durante toda la noche pensando en las críticas de sus lectores. No quería defraudarlos después del primer éxito que había tenido de su novela anterior. Y eso era una carga enorme para sus hombros. También se presentarían algunos críticos literarios. Ellos solo se presentaban para asegurarse de que la flamante escritora que había sido una vez, había regresado y no le habían vendido una historia de humo.

Se paseó de un lado a otro entre los estantes de la librería. Los últimos meses habían sido muy difíciles para ella. Todavía le costaba asimilar la muerte de Greg en el incendio de la fábrica. En muchas ocasiones, hasta le había parecido haberlo visto en el mercado, en frente de su edificio. Era como una sombra que la seguía a todos lados. Deseaba creer que él seguía con vida, pero eso era imposible. La policía había encontrado el cadáver con su identificación. Devon le aconsejó que utilizara toda su tristeza en la historia que estaba escribiendo. Ella así lo hizo. Descargó toda su rabia y se sintió mucho mejor cuando terminó la novela. Emily Blake tendría un final muy diferente al suyo.

Emily tenía un final feliz.

Suspiró. Cogió otra de las novedades que tenía la librería ese mes, y ya era uno de los más vendidos. Leyó la portada: «Como saber si es el amor de tu vida», por Cece amor. Dejó el libro otra vez en el estante, cuando Devon le pidió que se acercara al atril que se había montado para que ella le hablara a sus lectores.

En la sala había varias personas, también estaba Nina que había

llevado a su abuelo. Nina le levantó los pulgares y le dio ánimo desde su asiento. Las manos le sudaban y le dolía la garganta al tragar saliva. Estaba aterrada. Observó a Emily sentada en primera fila, inclinó la cabeza en agradecimiento y luego desapareció. Acomodó el micrófono y le sonrió al público. Ella carraspeó y dijo:

—Para ser franca, creí que no vendría nadie a la presentación. ¿Acaso mi agente les ha pagado? —quiso romper el hielo con una broma.

El público se rió.

Devon le lanzó una mirada ceñuda.

—Gracias por haber venido —continuó—. Esta historia es muy especial, y quiero dedicársela a alguien que ya no está conmigo —la voz se le quebró—. Pero siempre estará en mi corazón —se enjuagó las lágrimas con las yemas de los dedos—. Lo siento...

Abrió el libro y buscó la página por donde empezaría a leer. Alzó la vista cuando acabó de leer algunas de las estrofas. El auditorio parecía haberse quedado hechizado con Emily. Y no era para menos, Emily también había cambiado su vida. Su público aplaudió y luego pasaron a que les firmara sus libros. Todo había salido a la perfección, mucho mejor de lo que había soñado. Después de varios meses, volvía a sentirse feliz.

Se reclinó en la silla y resopló. Acaba de firmar el último libro. Devon le apoyó una mano en el hombro y le sonrió.

—Todo ha sido brillante, cariño... —masculló.

—¿Eso crees?

—Emily Blake, será el próximo best seller —expresó—. Escríbelo y observa.

Devon se dirigió a cerrar la puerta para que no ingresara más personas a la librería. Después de un momento, él regresó con una de sus novelas en la mano.

—¿Puedes firmar el último libro? —Le preguntó—. Pensé que se habían ido todos, pero quedaba alguien más.

Ella sujetó la novela y la abrió en la primera página para escribir la

dedicatoria.

—¿A nombre de quién?

—De John Blake.

Alzó la vista de golpe.

—¿John Blake? —repitió.

—Sí, se llama igual que el protagonista de tu novela.

Echó una ojeada a su alrededor.

—¿Y dónde está él? —quiso saber.

—Dijo que primero pasaría por el servicio de hombres y que luego vendría a buscar su libro.

«¿Greg?», pensó. Sacudió la cabeza. Debía haber un mal entendido. Otro juego sucio del destino. Pero no podía quedarse sin hacer nada. Ella se levantó de la silla.

—¿A dónde vas, Amy? —le preguntó Devon.

—A llevarle el libro a John Blake.

Ingresó al servicio de hombres y cerró la puerta a sus espaldas. No halló a nadie en los orinales y lo agradeció.

—John Blake —lo llamó en voz alta.

Como nadie respondía, ella empezó a abrir los cubículos y antes de revisar el último, el que estaba al lado de la pared, la sujetaron del brazo y la metieron a la fuerza. Le cubrieron la boca para que no gritara.

—Te estabas tardando demasiado, cariño —le susurraron al oído.

Abrió grande los ojos. Ella estaba alucinando.

—¿Greg?

Él le quitó la mano de la boca y dio un paso atrás. Tenía un aspecto diferente. Se había platinado el cabello y usaba lentillas azules.

—Dime John, cariño.

Apartó los ojos hacia la puerta y luego los volvió hacia él, y le giró el

rostro de una bofetada.

—¡Hijo de perra! —Chilló—. ¡Me hiciste creer que habías muerto!
¡Seis meses! ¡Pasaron seis meses!

—Shhh... habla despacio, Amy —le pidió, sobándose la mejilla—. No podía decirte nada, tenías agentes siguiéndote por todos lados para comprobar que realmente había muerto.

Apretó los labios y se cruzó de brazos.

—Los agentes desaparecieron después de tu funeral.

—Eso fue lo que ellos te hicieron creer —replicó.

Ella quería matarlo de verdad. Hizo un gran esfuerzo para controlar su furia.

—¿Y a quien le estuve llevando flores y llorando todo este tiempo? —quiso saber.

Greg se rascó la nuca y arrugó la frente.

—Deja que te explique... —murmuró—. El único modo para retirarme, era haciéndome pasar por muerto, después de Víctor, iban a aparecer más personas que me quisieran asesinar —continuó—. Y orquesté este plan para empezar una vida nueva. Brutus llevaba esa noche mi identificación y el incendio hizo que no reconocieran su cuerpo —hizo una pausa hasta que el hombre que ingresó al servicio terminara de orinar y se fuera—. Moví algunos contactos para que el ADN diera con el mío. Y la policía empezó a seguirte para asegurarse que fuese cierto.

Soltó un bufido y le dio un puñetazo en el hombro.

—¿Brutus? —Repitió—. ¿Dices que estuve llorando a la persona que quiso matarme?

Él asintió con la cabeza.

—Gracias a él ahora soy libre...

—Y por cierto, me debes setecientos mil dólares —le avisó—. Dijiste que podía quedarme con el dinero de Brutus cuando todo acabara —le recordó—. ¿Dónde lo tienes?

—En las Bahamas en una cuenta a tu nombre —respondió—. Intentaba salvar tu lindo trasero, ¿qué explicación le hubieras dado a la

policía de cómo cogiste esa cantidad de dinero?

Bien, reconocía que él había hecho lo correcto. Pero estaba demasiado enfadada para admitirlo. Lo estudió con la mirada.

—Te ves diferente —le dijo—. El platinado no te favorece.

Greg la acorraló contra el rincón del cubículo. Estampó sus manos contra la pared, a ambos lados de su rostro.

—John Blake es rubio y de ojos azules, ¿no fue así como me describiste en tu novela?

¿Él la había leído? Tragó saliva. En esa historia, había desnudado toda su alma. Y Greg sabría distinguir en qué parte hablaba Amy, y no Emily.

—No intentes desviar la conversación, Greg, lo que me hiciste, estuvo muy mal. Creí que habías muerto y... y... ¿por qué diablos leíste la novela? ¡No te rías! —Gruñó—. ¡Eres un...!

Él no le dejó que terminar la frase y la besó. Ella se estremeció y le rodeó el cuello con firmeza. Su pecho subía y bajaba agitadamente por su exaltada respiración. Greg dejó de besarla y sujetó su rostro entre sus manos, y la miró a los ojos con un brillo ardiente.

—Ven conmigo, Amy —le pidió—. Empezaré una nueva vida y quiero tenerte a mi lado.

Todavía no había asimilado que él seguía con vida y le proponía ir no sabía a donde. Tenía una mezcla de emociones: miedo, excitación, alegría, furia.

—¿A dónde irás, Greg?

—A recorrer el mundo —le dijo—. He comprado un barco...

Ella extendió un brazo y apoyó un dedo en sus labios.

—¿Un barco? ¿Cómo John? ¿Serás pescador como el protagonista de mi novela?

Greg enarcó una ceja.

—¿Acaso prefieres que siga matando por encargo?

Entornó los párpados como respuesta.

—¿Vienes conmigo, Amy? —insistió.

La idea le fascinaba. Él estaba vivo y quería estar a su lado. Pero...

pero...

—Es una locura, Greg —le quiso hacer ver.

—Será toda una aventura, podrás escribir desde el barco, cariño —
repuso, llevándole un mechón de pelo detrás de la oreja—. Y haremos el
amor en medio del océano.

Él parecía entusiasmado con la idea. ¡Qué diablos! Greg era su musa.
Ella se mordisqueó el labio inferior y asintió con un frenético movimiento de
cabeza.

EPÍLOGO

En alguna parte del océano...

EXTENDIÓ los brazos por encima de la cabeza y se desperezó. Sacó las piernas por fuera de la cama y cogió la camisa de Greg que estaba en el suelo y se la puso. Le había quedado un solo botón después de que se la hubiera arrancado la noche anterior. Sonrió. Hacía tres meses que ellos estaban navegando sin rumbo. Su última parada había sido en las Bahamas. Y no le importaba a donde iban si tenía a Greg a su lado. Su fuente de inspiración. Salió del camarote y se dirigió a la proa, donde sabía que hallaría a Greg.

Él llevaba una bermuda y el torso descubierto, que relucía su bronceado caribeño. Greg se acomodó la visera del gorro cuando la vio y le sonrió.

—Buenos días, cariño —lo saludó con un beso en los labios—. ¿Has tenido suerte hoy? —le preguntó.

Greg volvió a arrojar la caña de pesca al agua.

—Igual que ayer... —respondió.

Eso significaba que no había pescado nada y que tendría que abrir otra lata de caballa para comer. Se sentó en la butaca y Niki se subió a su regazo.

—Creo que la pesca no es lo tuyo, cariño.

Él suspiró y se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Pensé que confiabas que podría hacerlo.

—Lo hice durante el primer mes...

La campanita de la red empezó a sonar. Greg abrió grande los ojos.

—¡Joder! —Gimió—. ¿Has oído eso?

Ella asintió con la cabeza.

—Parece que papi nos dará de comer —murmuró, acariciando el lomo de Niki.

Greg sacó la red del agua y arrojó los peces sobre la proa. Los peces empezaron a saltar con su último aliento y Greg no tuvo la mejor idea que sacar su arma y dispararles. Agradeció que se encontraran solos en medio del océano.

—¡Greg! —gruñó.

Él se encogió de hombros.

—¿Qué? Uno no se olvida su oficio un día para el otro —se defendió.

Ella le lanzó una mirada astuta por debajo de los párpados.

—Todavía nos quedan más latas de conservas...

Él sonrió. Una enorme sonrisa que se apoderó de todos los brutales rasgos de su cara y ella se olvidó de su enfado. Y su enfado desapareció por completo cuando Greg la llevó al camarote.